This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

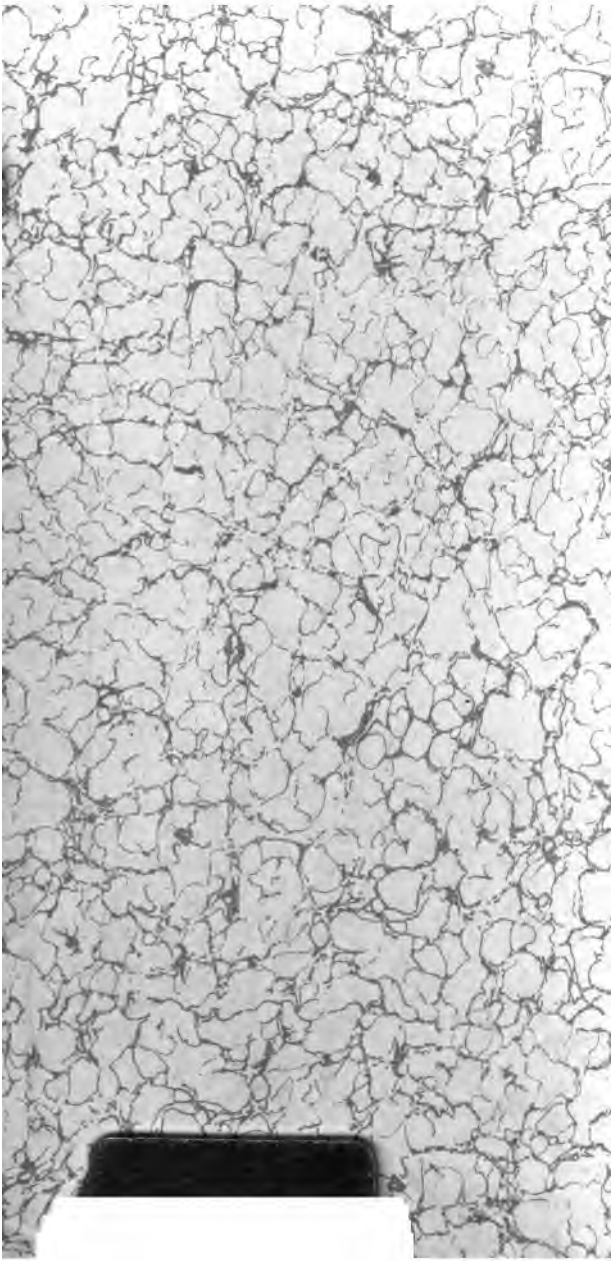
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

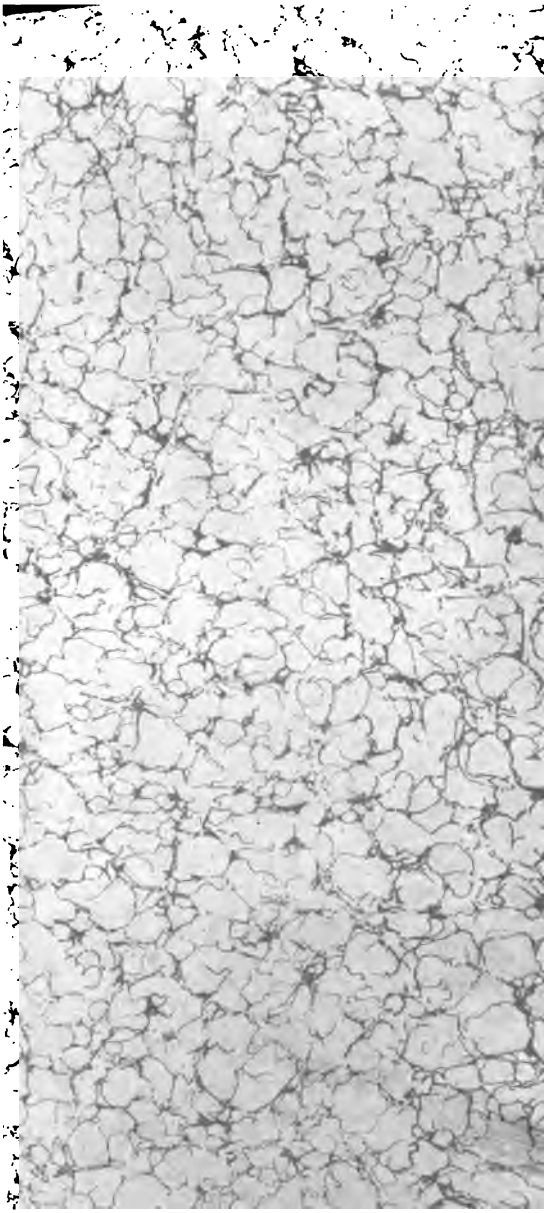
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`





COLECCIÓN ELZEVIR ILUSTRADA

VOLUMEN CUARTO

Presente y Futuro

Nuevos Cuentos

Colección Elzevir Ilustrada

VOLÚMENES PUBLICADOS

I. — M. HERNÁNDEZ VILLAESCUSA. — *Oro oculto*, novela.

II — VITAL AZA. — *Bagatelas*, poesías.

III. — ALFONSO PÉREZ NIEVA. — *Ágata*, novela.

IV. — NILO MARÍA FABRA. — *Presente y Futuro*.

EN PRENSA

FEDERICO URRECHA. — *Agua pasada* (Cuentos, bocetos y semblanzas).

M. MORERA Y GALICIA. — *Poesías*.

EN PREPARACIÓN

ENRIQUE R. DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS. — *Cuadros de la fantasía y de la vida real*.

JUAN GUALBERTO LÓPEZ VALDEMORO, CONDE DE LAS NAVAS. — *El Procurador Yerbabuena*, novela.

ANTONIO DE VALBUENA. — *Santificar las fiestas*, cuentos.

EMILIA PARDO BAZÁN. — *El Tesoro de Gastón*.

Y OTROS DE

CARLOS FRONTAURA.
MIGUEL RAMOS CARRIÓN.
SANTIAGO LINIERS.
JOSÉ FELÍU Y CODINA.
DR. THEBUSSEM, ETC., ETC.

Nilo María Fabra

Presente y Futuro

Nuevos Cuentos

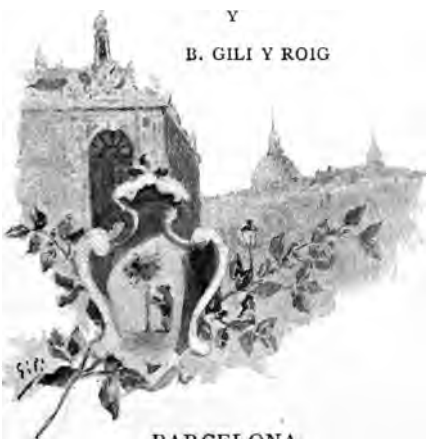
LA GUERRA DE ESPAÑA CON LOS ESTADOS UNIDOS
RECUERDOS DE OTRA VIDA — EL FUTURO AYUNTAMIENTO DE MADRID
TEITÁN EL SOBERBIO — EL PREMIO GRANDE

Ilustraciones de

MÉNDEZ BRINGA, A. DE CAULA

Y

B. GILI Y ROIG



BARCELONA

JUAN GILI, LIBRERO

223, CORTES, 223

MDCCCXCVII

ES PROPIEDAD

La guerra de España con los Estados Unidos

d
na
Jan
me
en
guer
llone
nes

La guerra de España
con los
Estados Unidos

La guerra de España con los Estados Unidos

—×—

PÁGINAS DE LA HISTORIA DE LO POR VENIR

I

Al terminar el siglo XIX eran los Estados Unidos de la América del Norte la nación más próspera, rica y floreciente. Jamás otra alguna había alcanzado en menos tiempo mayor grado de adelanto en el orden material. Después de la guerra de secesión, que costó 6,190 millones de pesos (más de 32,000 millones de pesetas), perdiendo en ella la

vida un millón de hombres; cuando estaba á punto de extinguirse la enorme deuda contraída, y el país gozaba de los beneficios de la paz, parecía natural que un pueblo dominado por el sentido utilitario y práctico, donde todo se sacrificaba al lucro y al provecho, con un ejército de 25,733 hombres y una marina de guerra de 61 buques y 10,878 tripulantes para una población de 69 millones de habitantes, una superficie de 9.212,300 kilómetros cuadrados y dilatadas costas en el Atlántico y el Pacífico, fuese de todo punto refractario á proyectos belicosos ajenos á la defensa de la integridad del territorio, capaces por sí solos de entorpecer el progresivo desarrollo de la riqueza pública.

Pero no siempre los consejos de la razón y la prudencia prevalecen en el ánimo de las grandes colectividades que se llaman naciones. Éstas, como los individuos, están sujetas á extravíos á impulsos de las pasiones, los cuales revisten á veces caracteres de verdaderas perturbaciones mentales, constituyendo lo que podríamos llamar períodos patológicos de un pueblo.

Prepotente allí la voluntad de las mu-

chedumbres dirigidas por la perfidia de políticos de oficio ganosos de popularidad, el poder ejecutivo, á pesar de las atribuciones que le confería la Constitución — atribuciones acaso más amplias y discrecionales que las que tiene en Inglaterra el Monarca, — veíase obligado á ceder á las exigencias del pueblo, del cual eran hechura desde el Presidente de la República hasta el último magistrado, y por lo tanto, ciegos servidores de aquél si aspiraban á la reelección de sus cargos y posponían á los halagos de la ambición el sentimiento del deber y la justicia.

El sentido moral apenas daba señales de vida en los organismos oficiales. Los políticos de oficio *(politiquitiens)*, comenzaban su carrera en los comicios, familiarizándose en el ejercicio de la palabra, no para inculcar á las masas elevados conceptos y nobles ideales, sino para convertirse en serviles aduladores de las torpes pasiones de aquéllas, y utilizar después en provecho propio la extraña facilidad con que el rebaño humano se deja sorprender y seducir, á despecho de las lecciones de la experiencia, por cuantos

saben lisonjear sus torpes instintos y groseros gustos. Alcanzada así la categoría de electores influyentes, ponían se á la devoción de un candidato, ya á título oneroso, ya con la esperanza ó el premio de una credencial; y cuando aumentaba su influencia sobre las multitudes, trabajaban por cuenta propia, presentando su candidatura en las elecciones de concejales ó de otros cargos públicos, modestos pero lucrativos, y en alas de la ambición y de la suerte escalaban luego los altos puestos del Parlamento ó del poder ejecutivo.

La modestia, la probidad, la rectitud política, la noble aspiración de servir honrada y fielmente á la patria, sublevábanse contra tan repugnantes procedimientos; y poseídas de indignación y de vergüenza abandonaban la lucha electoral, dejando el campo libre á *republicanos* y *demócratas*, partidos poderosos que se disputaban el manejo de la cosa pública: por esta razón, una tercera parte de electores solían abstenerse de depositar sus votos en las urnas.

Hasta la justicia, supeditada á la acción popular, inclinaba la balanza al peso de

las simpatías ó los rencores de la opinión pública amañada ó del sentimiento en ella predominante.

En extremo costosas las elecciones, hasta el punto de no tener millares de personas más oficio que el de muñidores electorales, los hombres de negocios, los capitalistas, los que directa ó indirectamente deseaban explotar el país, gozaban de extraordinaria influencia y valimiento. ¿Era de extrañar que Wall-Street, la calle de Nueva York residencia de los conspicuos aristócratas del dinero, fuese el gobierno oculto de la gran República en asuntos que afectaban á la hacienda, al comercio y á la industria? ¿Cómo explicar de otra suerte los considerables agios, los colosales monopolios, las montruosas iniquidades, á cuya sombra se creaban rentas superiores á la lista civil de algunos monarcas europeos, mientras se encarecían hasta los artículos indispensables á la subsistencia? ¿Quién daba fuerza y vigor á aquellos omnipotentes sindicatos, que en provecho de unos cuantos sacrificaban la fortuna pública? ¿Quién, pretextando amor y respeto, y hasta culto, al

principio de la iniciativa individual, toleraba y permitía que la plutocracia confabulada impusiera en los mercados el precio de las cosas, mientras cerraba las puertas á la competencia extranjera?

Tal era la triste verdad sobre la situación política de los Estados Unidos, á despecho de los cándidos é ilusos que, seducidos por la lectura de libros engañosos, ó arrastrados por la corriente de la extraviada opinión del vulgo, ó influídos por el espíritu de escuela, empeñábanse en presentar aquella República como modelo, dechado y ejemplo de instituciones democráticas y de un gobierno digno de justa admiración y universal envidia.

***

La población de color norteamericana ascendía á fines de siglo á ocho millones de habitantes próximamente, casi todos naturalizados ó hijos del país. Gozaban los mismos derechos políticos y civiles que los blancos: ante la ley eran iguales; pero objeto de tal menosprecio, que ni el sentimiento de caridad cristiana, ni los

consejos de la razón, ni los deberes que impone el trato social, tenían fuerza alguna para mitigar y contener la general aversión y repugnancia. Ciudadanos ante el derecho y parias ante la sociedad, no podían sustraerse, cualesquiera que fuesen sus cualidades morales é intelectuales, al estigma del orden físico.

La raza negra, más fecunda allí que la blanca, progresaba con notable rapidez, y se temía que con el transcurso del tiempo fuese la preponderante de la nación. Para evitarlo, algunos estadistas recomendaban el sistema de las emigraciones á África, donde ya se había fundado la República de Liberia; pero la gente de color mostrábase refractaria á abandonar el suelo natal ó la patria adoptiva.

La colonia irlandesa, que reunía en la América del Norte más individuos que habitantes tiene Irlanda, no perdonaba á los negros la competencia que le hacían en los servicios domésticos.

Los Estados del Sur se revolvían airados contra el crecimiento de la población de color, que había logrado imponerse en la administración de algunas ciudades.

En los demás el sentimiento de repulsión no era menos vivo, y unánime el deseo de arrojar del continente á una raza víctima de un desprecio tan profundo como desprovisto de caridad.

De aquí nació la idea de expansiones territoriales en las Antillas, que por las condiciones del clima se prestaban á servir de colonias de negros norteamericanos, y de aquí que el proyecto de la anexión de la isla de Cuba fuese considerado por algunos políticos de grande utilidad y conveniencia, no sólo para resolver un conflicto interior, sino también para proseguir la obra de engrandecimiento territorial, iniciada en la guerra de Méjico de 1847 con el tratado Guadalupe-Hidalgo, en virtud del cual la gran República anglosajona se apoderó de extensas comarcas mejicanas.

Pero este proyecto de anexión ofrecía el inconveniente de despertar los recelos de los Estados de la América latina, llamados á ser las principales víctimas de las intrusiones ó conquistas del coloso del Norte. ¿Cómo conseguirlo, y al propio tiempo captarse las simpatías de aquellas

naciones? Con procedimientos propios de una política florentina: afectando respeto absoluto á la independencia de todas las Repúblicas; ofreciéndoles incondicional apoyo contra Europa; despertando recelos contra ésta, y encendiendo la tea de la discordia en países donde se conservaba el rescoldo de pasadas guerras civiles, ó que por sus condiciones especiales se prestaban á la revuelta contra los poderes constituídos.

Ninguno como la isla de Cuba ofrecía campo más ancho á las miras ambiciosas de la política *yankee*. En aquella provincia, que tantos sacrificios costara á España, resuelta á conservar á todo trance la integridad de su territorio, existía un partido separatista que durante diez años, aprovechándose de los trastornos de la Península, había permanecido en armas en las asperezas de los montes y en lo intrincado de las selvas, haciendo guerra más propia de alimañas que de hombres. Dar aliento á este partido, facilitarle pertrechos, organizar expediciones de aventureros, favorecerle en la prensa sin reparar en la injuria, en la calumnia, en la

mentira contra España, que si de algo pecaba era de exceso de blandura y confianza; tal fué la política que puso en juego, si no el Gabinete de Washington, que en apariencia permanecía neutral, el maquiavelismo de asociaciones ocultas, acaso más fuertes y poderosas que el gobierno mismo. Si faltaban recursos pecuniarios, proporcionábanlos á manos llenas Sindicatos interesados en el alza del precio del azúcar, y, por lo tanto, en la destrucción de los ingenios, que constituían la mayor riqueza de la grande Antilla.

Este fué el principal factor de la insurrección cubana y la verdadera causa de su considerable incremento.

Los políticos norteamericanos estaban seguros de que, desposeída España de la isla, los cubanos insurrectos, gentes que discrepaban entre sí por la nacionalidad, la raza, la educación y hasta en el orden físico, incapaces de fundar un gobierno estable, acabarían, de grado ó por fuerza, por echarse en brazos de la Unión norteamericana.

Mas la nación española dió tales prue-

bas de vitalidad y poderío, enviando en pocos meses á Cuba un ejército de 150,000 hombres, que desconcertó los planes de los que creían conseguir, sin sacrificio alguno y por la fuerza natural de las cosas, la anexión de la perla de las Antillas.

Entonces los patriotas creyeron llegado el caso de solicitar de los poderes públicos que descaradamente interpusieran su mediación, reconociendo, con manifiesta infracción de la justicia, y hasta del común sentido, la beligerancia á partidas desorganizadas y dispersas de rebeldes que no disponían de un palmo de terreno donde fijar la residencia del titulado Presidente de la República Cubana, quien, para mayor escarnio y vergüenza, era ciudadano de los Estados Unidos.

Las Cámaras de Washington, más atentas á las conveniencias electorales que á toda noción de derecho, realizaron aquel acto incalificable, invitando al propio tiempo al Presidente de la República á interponer sus buenos oficios en favor de los que luchaban contra la soberanía de España.

La noticia de semejante iniquidad, una

de las mayores que registra la historia, fué acogida con muestras de júbilo por las masas inconscientes y fanáticas, particularmente de los Estados del Sur y de la colonia irlandesa. Los que se distinguían por su odio y aversión á los negros, mostrábanse más entusiastas partidarios de la independencia ó incorporación de Cuba: confiaban arrojar á ella la masa sobrante de la población de color, y verse así libres de tan enojosos como injustamente vejados huéspedes. ¡Y los blancos que luchaban en la isla contra España hacían armas contra el predominio de su propia raza, y eran serviles instrumentos y torpe juguete del interés ajeno! ¡Creían acaso defender un ideal, y estaban al servicio de pérfidos mercaderes! ¡Soñaban tal vez en la independencia de su patria, y le preparaban el yugo extranjero! ¡Proferían gritos de «Cuba libre,» y en los antiguos Estados esclavistas resonaban las voces de «Cuba colonia negra norteamericana!» Esperaban los cubanos emanciparse de sus amantes padres, y los *yankees* librarse de sus aborrecidos negros!

¡Y, sin embargo, los primeros no abrían

los ojos, y daban hacienda, sangre, vida, y hasta la propia patria, para provecho y granjería de sus arteros y astutos protectores!

¡Tal era la ofuscación que en las imaginaciones exaltadas y en los espíritus irreflexivos producían errores inveterados, calumniosos conceptos y falsos juicios sobre la noble nación que dió el ser á la América latina, sacrificando por ella su vigor y lozanía!

En otro capítulo veremos cómo España, traspasado el último límite de la paciencia, logró salir victoriosa de la más pavorosa de las guerras, gracias al favor y ayuda del Cielo, que exalta á los humildes y hunde en el polvo á los soberbios.

II

Las Cámaras de Washington, como hemos indicado en el capítulo anterior, aprobaron una resolución autorizando al Presidente de la República para que, en el momento que considerase oportuno, declarase la beligerancia de los insurrectos cubanos é interpusiese su mediación á favor de los mismos.

Este suceso produjo en Europa un movimiento, si no de indignación, porque los pueblos estaban harto acostumbrados á todo linaje de infracciones del derecho internacional, de enérgica y unánime protesta.

La conducta del Congreso americano fué vituperada por los periódicos de Francia, Inglaterra, Alemania, Austria, Italia,

Portugal y Méjico, así como por algunos de las Repúblicas iberoamericanas; pero después de prodigar palabras de afecto y amistad á España, á la cual deseaban ver salir airosa del conflicto, decían claramente que se encontraba de todo punto aislada y que no podía contar ni aun con la esperanza de ajeno auxilio.

Las grandes potencias, con las cuales mantenía el gobierno español cordiales relaciones, se limitaron á recomendar á sus embajadores en Washington que, con prudente cautela, procurasen influir en el ánimo del Presidente de la República para que no hiciera uso de la autorización de las Cámaras ó defiriese la decisión por algún tiempo.

Aquel alto magistrado, bien porque le impulsasen sinceros deseos de justicia, bien movido por el laudable propósito de evitar males á su patria, ó bien por la natural perplejidad é incertidumbre que suelen preceder á las resoluciones graves y trascendentales, prestó más fácil oído á los consejos de la cordura que á las exigencias de la patriotería vocinglera que en la vía pública y en las columnas de

los diarios populares se desataba en improperios y calumniosas reticencias contra el Poder ejecutivo.

Pero el período de la elección presidencial se acercaba, y los rebeldes cubanos, merced al dinero de colectas que, á la luz del día, se realizaban en todo el territorio de la Unión, y á los auxilios de hombres, armas y municiones que de la misma procedencia recibían, no dejaban de mantener el fuego de la insurrección, aunque acorralados y contenidos en las fragosidades de los montes de las provincias de Santa Clara, Puerto Príncipe y Santiago.

El voto popular elevó á la suprema gobernación de los Estados á otro Presidente quien, ganoso de mantener su popularidad entre las gentes inquietas y bulliciosas que más influían en las contiendas electorales, resolvió hacer uso de la autorización del Parlamento y, á vuelta de protestas de consideración y amistad á España, proclamar la beligerancia. Así se consumó la mayor de las iniquidades, para oprobio y vergüenza de una nación culta, tal vez independiente y poderosa gracias al apoyo y protección de la que

trataba con tan negra ingratitud. ¡Triste ejemplo de la facilidad con que los pueblos olvidan la historia, ó del menosprecio que les inspiran las razones de orden sentimental!

El primer acto de los exaltados americanos, conseguido lo que tan ahincadamente pretendían, fué allegar recursos con que dotar á la imaginaria República Cubana de buques de guerra. No era, en verdad, fácil adquirirlos, dadas las especiales condiciones que tales barcos requieren, pero sí armar en corso algunos mercantes. Al efecto compraron uno, el cual, después de pertrechado en un puerto de los Estados Unidos á ciencia y paciencia de las autoridades, que con su tolerancia daban claras muestras de complicidad, salió á la mar con bandera norteamericana, y, fondeando, favorecido por las sombras de la noche, en una cala de Cuba, momentáneamente ocupada por los rebeldes, enarboló el pabellón insurrecto. Para dar á este hecho apariencia de legalidad se otorgó una escritura de venta á favor del titulado Gobierno cubano, interviniendo como notario mayor

el que hacía las veces de Ministro de Justicia. Abanderado así el buque, que era un vapor de un millar de toneladas, y re-

bautizado con el nombre de *Estrella Solitaria,* antes de amanecer, por temor á los cruceros españoles, abandonó las costas de la isla, haciendo rumbo al Nordeste de Puerto Rico, donde suelen recalar las na-

ves que, procedentes de Europa, se dirigen á las Antillas. Mas pronto cayó el capitán en la cuenta de que no era tan seguro navegar con bandera de Cuba como con la de los Estados Unidos, y, obrando con prudente cautela y previsión, decidió utilizar las dos, una para apoderarse de los indefensos buques españoles y la otra para obtener respeto y acogida en los puertos neutrales.

Mientras se fraguaba este atentado contra el comercio marítimo español, el Gobierno de Washington nombraba un representante cerca de la República Cubana, formulando la inaudita petición de que las autoridades españolas permitieran el paso de aquél, con todos los honores y prerrogativas, al punto de su destino, que no se designaba porque el titulado Presidente, perseguido por las tropas leales, no tenía ni podía tener asiento ni residencia en parte alguna. Y como si esta afrenta á España no fuese bastante, el Gabinete americano anunciaba el propósito de enviar una comisión oficial á la isla con el encargo de emitir informe acerca del estado de las cosas.

El Gobierno español rechazó con dignidad y energía semejantes pretensiones

en una nota tan notable por la claridad y la concisión como por la solidez de los

argumentos, de la cual se dió conocimiento á las potencias amigas.

Contestaron éstas dando implícitamente la razón al Gabinete español; pero sin salir de la reserva y circunspección que habían revelado desde el principio.

Los Estados Unidos, cuyo insolente y desmedido orgullo sublevaba las conciencias, por toda respuesta enviaron á la Habana, á bordo de un buque de guerra, al personal diplomático acreditado en la manigua. Saludó el barco á la plaza, contestó ésta, y no se puso dificultad alguna al desembarque de los pasajeros, los cuales trataron de invocar su carácter oficial una vez en tierra; pero las autoridades se negaron á reconocerlo rotunda y categóricamente.

El plenipotenciario, persuadido de que las autoridades españolas ni aun le facilitarían un salvoconducto para dirigirse al campo insurrecto, salió sigilosamente de la ciudad con el resto del personal de la legación en busca del titulado Gobierno de la República. No es de este lugar referir las penalidades y trabajos que pasaron los diplomáticos *yankees* para dar con

él: baste decir que al cabo de tres semanas, rendidos y maltrechos después de rápidas marchas y contramarchas en compañía de

una partida vándalo-facciosa, huyendo de la persecución de las columnas, lograron avistarse con aquel Gobierno errante, fijándose para aquel mismo día la entrega de las cartas credenciales; pero en el mo-

mento de verificarse la solemne ceremonia en un bohío, la repentina llegada de fuerzas españolas puso en precipitada fuga al Presidente, á sus ministros y á su guar-

dia de honor, dejando con la palabra en la boca al representante de una gran nación, quien no tuvo más remedio que seguir el ejemplo de los demás y ponerse en salvo á uña de caballo.

Fué este suceso objeto de animados comentarios en toda la prensa americana

y europea y de la sátira de una gran parte de ella; pues se ofrecía el hecho singular, sin precedente en la historia de los pueblos cultos, de que una potencia acreditase á un ministro plenipotenciario cerca de un gobierno semejante, sin posible re-

sidencia en parte alguna. ¡Y el Gabinete de Washington afirmaba en documentos oficiales, con manifiesto menosprecio de una verdad patente, «que la República Cubana era dueña de dos terceras partes del territorio de la isla!» ¡A tan monstruosos absurdos puede conducir la obcecación de los hombres de Estado cuando no se inspiran en las serenas regiones del deber y de la justicia, y se abaten

al servicio de las torpes pasiones de la plebe!

España, entretanto, fiando más en el propio esfuerzo que en el auxilio extraño, con aquella entereza, no exenta de calma y prudencia, propia de los pueblos dignos y viriles que tienen ciega confianza en la bondad de su causa, aprestábase á una guerra que todo el mundo juzgaba inevitable. Ni la superioridad del contrario, ni el temor del caso adverso eran poderosa parte para poner á prueba el temple de las energías nacionales.

Juzgábase en los Estados Unidos la honra militar como anacrónico concepto de virtudes cívicas. Las armas no se ponían en manos de la juventud llamada por la ley, sino en las de mercenarios, seducidos por la codicia. La opinión general, aunque creía en el éxito de la guerra, fluctuaba entre ésta y la paz, porque no podía calcular el precio de la victoria. A ser posible contratar una campaña á pública subasta, al mejor postor y á plazo fijo, y con un pliego de condiciones estipulando el número y calidad de las victorias, y sobre todo el botín, aquel pueblo

de mercaderes hubiera pedido la inmediata ruptura de las hostilidades. Pero la duda, la terrible duda que asalta al comerciante antes de arriesgarse en un negocio si no puede calcular el capital necesario, producía natural vacilación y perplejidad entre gentes prácticas que todo lo supeditaban á la utilidad y al provecho.

Resultaba además la guerra más cara allí que en cualquier otro país del mundo, incluso la misma Gran Bretaña. La llamada de secesión, como hemos dicho en el capítulo anterior, costó más de 32,000 millones de pesetas. Cada soldado en tiempo de paz representaba un gasto anual de 6,500 pesetas, y desertaban una tercera parte de los reclutas después de cobrar el premio de enganche. ¿Cuánto más costoso no había de ser un ejército en pie de guerra?

A cubierto los Estados Unidos de invasiones españolas, como lo estaba la Península de las americanas, la guerra debía limitarse al mar y á la isla de Cuba, adonde tal vez los *yankees* intentarían enviar tropas regulares en auxilio de los insu-

rrectos; pero el gasto de la expedición había de ser forzosamente tres ó cuatro veces superior al de cualquier ejército de servicio obligatorio.

No era la Armada americana menos cara que las fuerzas terrestres, y ofrecía el grave inconveniente de componerse una buena parte de sus tripulaciones de marineros reclutados en diversos países, porque los naturales procuraban rehuir el rigor de la ordenanza.

El ejército de mar y tierra de España revelaba inmensa superioridad moral sobre el norteamericano: componíase aquél de ciudadanos de un país libre, los cuales se sacrificaban en aras del deber y de la patria; y éste de mercenarios de diversas nacionalidades, que convertían el noble ejercicio de las armas en objeto de lucro y granjería.

Grande era la ansiedad que reinaba, no sólo en España, sino también en el resto de Europa, en vista del proceder del Gabinete de Washington y de las noticias que se recibían de la Florida y la Luisiana, donde se concentraban 25,000 hombres, todo el ejército activo de la nación,

destinados al parecer á Cuba, cuando un telegrama de Puerto Rico anunció que el vapor *Estrella Solitaria* había apresado y echado á pique, á veinte millas de dicha isla, á un bergantín mercante español que, procedente de Barcelona, se dirigía á Mayagüez.

Produjo este despacho general indignación en España; y aunque las autoridades, obrando con tanta prudencia como energía, lograron impedir agresiones contra los consulados norteamericanos, fueron impotentes para contener las demostraciones populares en los grandes centros de población; pero pronto los arrebatos de ira trocáronse en delirante entusiasmo, al saberse que un crucero español pudo

dar caza y apresar al buque corsario y conducirlo á San Juan de Puerto Rico.

Los Estados Unidos, con evidente mala fe y descarado cinismo, reclamaron la devolución del vapor y una considerable indemnización para sus armadores, alegando que aquél era de nacionalidad norteamericana, y que el abordaje que originó la pérdida del bergantín debía atribuirse á un caso fortuito y no á un acto de hostilidad.

España se opuso resueltamente á semejante exigencia, contestando que el *Estrella Solitaria* se había abanderado con el pabellón insurrecto en una cala de Cuba, y que el indefenso bergantín fué tomado al abordaje y echado á pique, según el testimonio de tres náufragos que, en un bote, lograron ponerse en salvo.

El Gobierno *yankee* replicó que faltaban pruebas de que el vapor navegase con bandera ó patente cubana; y el español formuló una nota muy razonada, de la cual resultaba: primero, que el buque estaba armado y pertrechado de suerte que no podía confundirse con una embarcación de comercio; segundo, que fué

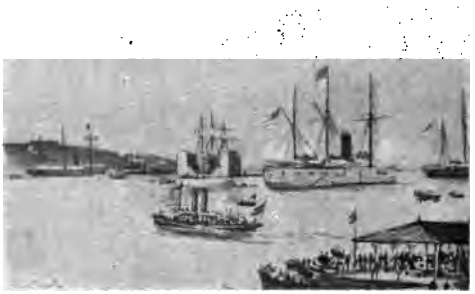
adquirido por los rebeldes; tercero, que, al ser apresado por el crucero español, el capitán arrojó papeles al mar, lo cual estaba justificado en debida forma, mereciendo por sólo este hecho ser declarado buena presa; cuarto, que se encontró á bordo una bandera insurrecta; y quinto, que en el inventario del cargamento figuraban varios objetos y mercancías de valor procedentes del bergantín, señal clara y evidente de que éste fué objeto de un acto de piratería. Pero de la causa instruída por el tribunal de marina de Puerto Rico resultaba un hecho todavía más grave, como era el asesinato de los tripulantes de la nave mercante española, que por no haber conseguido tomar los botes cayeron prisioneros del corsario.

A pesar de esta nota, el Gabinete americano, con escándalo universal, insistió en su reclamación, fijando un plazo de ocho días para la entrega del vapor y el pago de la indemnización.

El Ministro de Estado contestó al representante de los Estados Unidos en Madrid que España jamás se prestaría á tan inicua exigencia.

Francia, Inglaterra, Alemania, Austria é Italia, por conducto de sus representantes en Washington, interpusieron sus buenos oficios, proponiendo á aquel Gobierno que sometiera el asunto á un arbitraje.

En este estado las cosas, y cuando las



grandes potencias gestionaban todavía una solución de concordia, se presentó en Puerto Rico un crucero americano intimando la entrega del *Estrella Solitaria*, pretensión que rechazó el Capitán General de la isla en términos dignos y enérgicos. El comandante del crucero dió cuarenta y ocho horas de término para que hubiese tiempo de consultar telegráficamente al Gobierno de Madrid;

pero antes de que expirase el plazo, aprovechando la obscuridad de la noche, dispuso el embarco de fuerza armada en cuatro botes, con orden de apoderarse del vapor. Sorprendida la escasa guardia de éste, se rindió

sin disparar un tiro, y al romper el alba salía majestuosamente del puerto el crucero *yankee* remolcando á su presa.

No había á la sazón en el puerto más

buques de guerra españoles que un cañonero torpedero, de 600 toneladas que, á prevención, tenía encendidos los fuegos, cuyo comandante, por propio impulso, sin aguardar órdenes superiores, más atento á la honra del Cuerpo y á la voz de la patria ultrajada que á los consejos de la prudencia, mandó zafarrancho de combate, y largando la cadena del ancla, y valizándola, puso la proa al crucero americano con toda la fuerza que la máquina permitía.

Rayaba en temerario delirio el empeño del oficial de nuestra Armada, pues el buque *yankee,* ocho veces superior al suyo en tonelaje, disponía de todos los adelantos de la artillería; reuniendo además las ventajas de la moderna arquitectura naval.

Gobernaba con notoria dificultad el crucero, por no abandonar la presa, lo cual le obligó á largar el remolque; mas el barco español maniobró con tanto acierto, que logró coger á aquél de enfilada, disparándole sobre las aletas con el cañón de proa. Defendióse con brío el contrario, haciendo descargas con la pieza

de grueso calibre de popa y los cañones de tiro rápido, cuyos proyectiles produjeron estrago en la arboladura del cañonero y sembraron la muerte sobre cubierta; pero esto no fué parte para que los denodados tripulantes de nuestra nave

siguieran avante hasta colocarse á 500 metros de distancia del buque enemigo.

De pronto éste, como movido é impulsado por fuerza titánica, se levantó de la línea de flotación; se oyó un ruido sordo y prolongado; confusas voces humanas estremecieron el aire; surgió un colosal penacho de humo y agua, arrojando fragmentos encendidos y candentes de madera y hierro, y la inmensa mole de acero, como tronchada y partida en dos pedazos,

se sumergió con pavoroso estruendo en medio de rápido y agitado remolino.

Un torpedo lanzado con fortuna por la heroica tripulación española había bastado para sepultar en las profundidades del Océano á la soberbia fortaleza de acero, la cual no dejó otras huellas de sí que mutilados despojos humanos, restos de jarcias y velas, maderos informes y un palo roto con la bandera de la gran República, hecha jirones, flotando todo en confusa dispersión sobre las olas.

Tal fué el comienzo de la cruenta y memorable guerra entre España y los Estados Unidos, de que hablaremos en el siguiente capítulo.

III

Rotas las hostilidades entre España y los Estados Unidos, á consecuencia del acto incalificable realizado en aguas de Puerto Rico por un crucero angloamericano, de que dimos cuenta en el anterior capítulo, los representantes de las expresadas potencias en Washington y Madrid pidieron simultáneamente los pasaportes, retirándose con el personal de sus respectivas legaciones.

Al propio tiempo, de orden del Capitán General de Cuba se cortaban las comunicaciones telegráficas directas de la isla con el país enemigo, que existían por medio de tres cables submarinos paralelos entre la Habana, Cayo Hueso y Cabo Romano. Quedaba, sin embargo, una co-

municación segura entre España y la grande Antilla, pasando por territorios neutrales, como era la vía Batabanó, Santiago de Cuba, Jamaica, Puerto Rico, Cayena (prescindiendo de otras estaciones intermedias), Pernambuco, el Senegal, Canarias y Cádiz; la cual, no por resultar muy larga, había de perder en rapidez, pues la experiencia demuestra que la lentitud en la transmisión de los despachos depende más de las corruptelas é indolencias burocráticas que de la magnitud de las distancias.

Aseguradas, por lo tanto, las comunicaciones entre la Metrópoli y las Antillas españolas, el Gobierno podía estar al corriente de las operaciones de la guerra, y atender con prontitud á las necesidades de la misma, sin que ninguno de los telegramas atravesase territorios enemigos (y no decimos *cablegramas,* como algunos, porque es vocablo inútil, de híbrida é impropia formación inventado por los *yankees*).

Grande y extraordinaria actividad desplegaba España en los aprestos militares, tanto terrestres como marítimos; poníanse

los puertos en estado de defensa; convocábanse las reservas hasta reunir en la Península un ejército de 450,000 hombres, se ordenaba la formación de batallones de voluntarios, á cuyo alistamiento acudía la juventud poseída de delirante entusiasmo; reuníase en Andalucía un cuerpo de ejército destinado á embarcarse en vapores trasatlánticos y transportes de guerra, que se armaban y pertrechaban en Cádiz; trabajábase noche y día en los arsenales, en la terminación y armamento de varios buques de combate, y, por fin, el Gobierno decretaba el corso, poniendo en vigor la Ordenanza de 1801, que prescribe las reglas con que han de hacerlo los particulares contra los enemigos de la nación.

A pesar de que en el Senado anglo-americano, con afectado menosprecio, se trató de negar eficacia á esta terrible arma de guerra, asegurándose, por ignorancia ó mala fe, que el comercio marítimo con bandera de la República carecía de importancia, la verdad era que el tonelaje total de los buques mercantes de aquella nación (excluyendo los consagrados á ser-

vicios lacustres y fluviales), resultaba cinco veces mayor que el de los españoles y, por lo tanto, quíntuplo el perjuicio probable que había de originar el corso á la marina de los Estados Unidos.

En prueba de ello, basta fijar la vista en los siguientes datos: marina mercante norteamericana; vapores, 6,526 con 2.189,430 toneladas; buques de vela, 17,060 con 2.494,599; total: buques, 23,589; toneladas, 4.684,029.

Restando de estas últimas 1.515,000, correspondientes á buques dedicados al servicio de los lagos y los ríos, quedaban 3.169,029 toneladas, que constituían la navegación marítima.

En cambio la estadística de la marina mercante española no arrojaba más que las siguientes cantidades: vapores, 474 con 455,489 toneladas; buques de vela, 1,233 con 196,650; total: buques, 1,707; toneladas, 652,139.

Estas cifras comparadas ponían claramente de manifiesto la inmensa ventaja que sobre el enemigo tenía España, prescindiendo de la excelente situación geográfica de la Península y de las posesiones

de Ultramar para la organización, armamento y refugio de los corsarios que navegasen con patente española.

Los hechos vinieron á confirmarlo plenamente, pues á los tres meses de declarado el corso, las presas hechas por los españoles representaban más de 300,000 toneladas y las realizadas por los *yankees* no ascendían á 25,000. Sólo en el Pacífico, cuya navegación americana equivalía á 456,000 toneladas, los corsarios organizados en Filipinas apresaron varios vapores angloamericanos de gran porte que, juntos, medían la décima parte de la expresada suma.

La declaración del corso fué, por lo tanto, un golpe mortal para un país como los Estados Unidos, cuyo comercio marítimo figuraba entre los primeros del mundo, conforme habían anunciado distinguidos escritores al recordar el ejemplo de las guerras de España con Inglaterra, en los siglos XVI, XVII, XVIII y principios del XIX (1).

(1) Mi querido amigo, el ilustre académico de la Historia, don Cesáreo Fernández-Duro, tiene la bondad de facilitarme las siguientes lí-

Mientras los corsarios con patente española, entre los cuales figuraban muchos

neas, tomadas del tomo que saldrá en breve á luz de su interesante *Historia de la Armada Española*.

«Cuando el protector, ó sea el dictador de Inglaterra, Oliverio Cromwell, se apoderó de la flota de Indias sin previa declaración de guerra, y ésta se hizo necesaria, teniendo que atender el Gobierno de Felipe IV á la que sostenía con Francia en los Países Bajos, en Italia y en Cataluña, y á la de Portugal, abrió la mano de la concesión de armamentos en corso, haciéndose en todos los puertos principales y de manera que había personas, como el marqués de Villarrubia, que sostenían hasta ocho fragatas de 20 y 30 cañones. Además, dió el Rey autorización al príncipe Roberto Stuart para armar con ingleses realistas; á un señor Muler para hacerlo en Dinamarca, y á otro señor Patricio ó Patrik, en Irlanda.

»Los españoles establecieron los cruceros principales en el estrecho de Gibraltar, en los pasos de Córcega y Cerdeña, en el cabo de Finisterre, Canál de la Mancha, islas Canarias y Terceras.

»Hubo capitán, Pedro Elexes, de Mallorca, que en dos años hizo 300 presas; los de Dunquerque, San Sebastián y Coruña las multiplicaron, de manera que empezaron á quebrar en Inglaterra los bancos, y se alzó clamor general diciendo que el comercio estaba perdido.»

vapores de procedencia inglesa, francesa é italiana, de rápido andar, destruían y aniquilaban el comercio marítimo de los Estados Unidos y quebraban varias empresas navieras, y hasta era imposible á los barcos *yankees* la pesca de la ballena y del bacalao, que representaba 88,000 toneladas, se ultimaban en la Florida y la Luisiana los preparativos de la expedición de 25,000 hombres destinada á la isla de Cuba. Dichas fuerzas, que constituían todo el ejército activo de la gran República, iban á ser sustituídas en las guarniciones por otras que se organizaban á toda prisa. Pero, á pesar de los enormes recursos pecuniarios de aquella nación y de los crecidos premios de enganche, no era tan fácil reclutar, como parecía á primera vista, un número considerable de soldados cuya disciplina inspirase confianza, echando mano de los naturales ó de los residentes extranjeros, pues las clases proletarias americanas estaban influídas y dominadas por las modernas tendencias contra el orden social, el principio de autoridad y el concepto de la patria. ¿Cómo formar en estas con-

diciones un grande ejército, sin el temor de que volviese las armas contra los organismos sociales?

Verdad es que para el sostenimiento del orden público y para el servicio de las plazas contaban los poderes públicos con 107,000 hombres de milicias organizadas; pero éstas no podían ser destinadas á otras funciones de guerra.

Limitóse, por lo tanto, la recluta á 50,000 soldados, que con los 25,000 anteriormente citados, elevaban el ejército activo de la gran República á 75,000; cifra más que suficiente, en concepto del Secretario de Estado de Washington, para arrojar á los españoles, no sólo de Cuba, sino también de Puerto Rico.

La escuadra española, compuesta de dos acorazados de 9,000 toneladas, de ocho cruceros protegidos de primera clase, y de otros buques menores, enarbolando uno de los primeros la insignia de vice-almirante, hallábase anclada en el puerto de la Habana, cuando, en virtud de órdedenes cifradas del Gobierno, se hizo á la mar con rumbo á las aguas de Puerto Rico, con objeto de proteger á una expe-

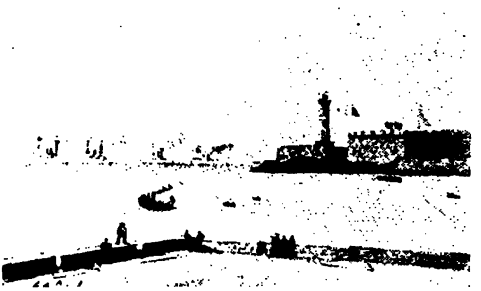
dición de 30,000 hombres de refuerzo que en 25 vapores transatlánticos habían salido de España dos días antes del rompimiento de las hostilidades. En la organización de estas fuerzas, así como de las anteriores enviadas á Cuba, el Ministro de la Guerra, que por fortuna de la nación desempeñaba entonces dicha cartera, había revelado pericia, laboriosidad y previsión superiores á todo encarecimiento, mereciendo con justo título de propios y extraños el dictado de Carnot español. La conducta del capitán de navío que desempeñaba la cartera de Marina no era menos digna de alabanza.

Sabedores los norteamericanos de la salida de la Habana de nuestra escuadra, decidieron dar un golpe de mano sobre dicha plaza, empresa que consideraban con muchas probabilidades de éxito, bien por la exagerada idea que tenían de su poder, bien por las falsas noticias que esparcían los laborantes acerca de la actitud del pueblo, al cual suponían dispuesto á sublevarse para favorecer un desembarco.

Al efecto se dispuso la inmediata salida

de la expedición preparada en la Florida y la Luisiana: componíase de 25,000 hombres de todas armas, con abundantes pertrechos embarcados en 30 vapores mercantes, y de una escuadra de 14 buques de alto bordo y otros menores.

Estas formidables é imponentes fuerzas



presentáronse de improviso delante del puerto de la Habana, aunque fuera del alcance de los cañones del Morro, y el Almirante á cuyas órdenes estaban mandó un parlamentario á tierra, intimando la entrega de la plaza en el término improrrogable de seis horas. Atracó al muelle el bote que conducía al parlamentario; pero éste no se atrevió á saltar en tierra

por temor á las iras populares, pues la ciudad, contra lo que esperaban los *yankees*, aprestábase á la defensa con mues-

tras de viril energía y verdadero entusiasmo, á pesar de su reducida guarnición, porque casi todo el ejército, dividido en columnas, operaba en el interior de la isla. Los puntos estratégicos estaban ocu-

pados y defendidos por escasas fuerzas regulares y por los batallones de voluntarios resueltos todos á morir antes que ver hollado por el extranjero el sagrado suelo de la patria.

Rechazó el Capitán General el *ultimátum,* y el Almirante de la escuadra americana, persuadido de que no podía contar con ningún auxilio interior, ni atacar plaza tan bien defendida y artillada, ni aventurar sus naves en un puerto que disponía además de torpedos fijos, decidió bloquearlo, dejando una división de cuatro cruceros y un aviso, y dirigirse con el resto de los buques y las tropas de desembarco á la bahía de Matanzas.

Eran harto deficientes las defensas de la misma, estando por terminar el emplazamiento de cañones de cincuenta toneladas; pero tenía tres líneas de torpedos fijos, sistema Bustamante, que, al parecer, la ponían á cubierto del ataque de una escuadra.

Uno de los cañoneros angloamericanos, al cual le correspondió en suerte ir á vanguardia, logró romper sin accidente las dos primeras líneas de torpedos, pues por

causas que todavía se ignoran, no estallaron; pero al chocar en la última produjose la explosión de terrible máquina submarina, yéndose á pique el buque, con pérdida de casi toda su tripulación. Entonces la escuadra penetró en el puerto, y sufriendo grandes averías y numerosas bajas, porque los españoles hicieron una defensa heroica con los escasos medios con que contaban, logró apagar los fuegos de las baterías y operar el desembarco. Tanto el ejército como los voluntarios hicieron prodigios de valor para impedirlo, cayendo muertos ó heridos más de la mitad; pero el resto, considerando de todo punto inútil prolongar la resistencia, antes de verse obligados á rendirse, se retiraron con el mayor orden á Aguacate.

Dueños los *yankees* de Matanzas, que iba á servirles de base de operaciones, su primer cuidado fué poner la plaza en buen estado de defensa, especialmente por la parte de tierra, construyendo una línea de fuertes de campaña.

Quince días después, terminados los trabajos de atrincheramiento y artillado,

disponíase el General en Jefe de las fuerzas enemigas á emprender la ofensiva marchando por tierra sobre la Habana, haciendo un movimiento combinado con la escuadra; mas reconoció que le faltaba gente para proseguir con éxito las operaciones. La fiebre amarilla y las calenturas palúdicas diezmaban la expedición. Esto, unido á las bajas por acciones de guerra, habían reducido aquélla á 16,000 hombres.

Al desembarcar la expedición en Matanzas se le agregaron 15,000 insurrectos, á quienes se facilitó armamento y municiones; pero parte de ellos, la gente de color, indignados del menosprecio con que les trataban sus libertadores, volviéronse á la manigua ó se presentaron á las autoridades españolas. Los demás, bien por no sujetarse al rigor de la Ordenanza, bien porque no querían ponerse á las órdenes de militares extranjeros, bien por estar quejosos de éstos, pues obraban como en país conquistado, hasta el punto de enarbolar en la plaza la bandera de los Estados Unidos y no la de Cuba, infundían justos recelos al General *yankee*.

Estas razones le indujeron á pedir refuerzos al Gobierno de Washington, utilizando un cable provisional recién tendido entre Cayo Hueso y Matanzas.

Expidió el telegrama y no obtuvo respuesta.

La escuadra española, de vuelta de su viaje, cumplida la misión de escoltar á Santiago de Cuba y á Nuevitas á los transatlánticos que conducían los refuerzos procedentes de la Península, había cortado el nuevo cable y se hallaba cerca de Matanzas.

De los catorce buques de alto bordo que los Estados Unidos enviaron á las aguas de la Grande Antilla, quedaban en disposición de entrar en combate los cuatro cruceros que, como hemos dicho, recibieron la orden de bloquear el puerto de la Habana, y seis acorazados, cuyo porte variaba entre siete y diez mil toneladas: los restantes, con graves averías, hubieron de arribar á los arsenales.

Reunía la escuadra española igual número de buques de alto bordo, aunque su inferioridad era notoria, no sólo por el tonelaje, sino también por el espesor

de las corazas y la fuerza de las máquinas: factor casi decisivo en toda guerra marítima. Reconocíolo desde luego nuestro Almirante; pero no por esto rehuyó el combate, antes bien tomó la ofensiva, aprovechando la circunstancia de hallarse divididas las fuerzas contrarias, unas en aguas de la Habana, y otras en la bahía de Matanzas. Proponíase batirlas separadamente; pero el enemigo, receloso y previsor, operó con rapidez un movimiento de concentración á la altura del pequeño puerto de Santa Cruz, desplegándose hacia el Nordeste, llevando al frente cuatro acorazados de nueve á diez mil toneladas.

La escuadra española se fraccionó en tres divisiones: la primera compuesta de dos acorazados de 9,000 toneladas y dos cruceros protegidos de 7,000; la segunda de cuatro cruceros de primera clase, y la tercera de varios buques ligeros. Estas divisiones estaban escalonadas en el orden indicado, formando cada cual un ángulo saliente con la otra.

Arregladas las distancias y fijado el orden de ataque, el Almirante, por un rasgo de audacia propio de aquella inspi-

ración militar maravillosa que en circunstancias críticas y difíciles arriesga el todo por el todo, dió orden á la escuadra de marchar á tiro forzado sobre el enemigo y romper su línea.

La vanguardia angloamericana inició

el fuego, al cual contestó la española sin moderar su movimiento de avance.

Pronto se generalizó aquél con los cañones de tiro rápido y la artillería gruesa, logrando nuestra primera división cortar la línea enemiga.

La segunda y tercera siguieron á la anterior, maniobrando con tal acierto, que el enemigo, desconcertado y falto de la cohesión y disciplina, que son los mejores

auxiliares de la victoria, vióse obligado á combatir en medio de espantosa confusión, á la cual contribuía el denso humo que por la carencia de viento envolvía á los buques, hasta el punto de que durante una hora fué imposible apreciar en todos sus detalles la terrible lucha.

De repente, fuerte racha, disipando la inmensa humareda que robaba los rayos del sol, puso de manifiesto la completa derrota de los norteamericanos.

Dos de sus mejores cruceros, pasados por ojo por nuestros acorazados, habían desaparecido; otro de segunda clase, rendido y apresado, arbolaba en sus topes la bandera española, y el resto de la es-

cuadra, perseguida de cerca, buscaba refugio en la bahía de Matanzas.

En esta gloriosísima jornada, que inmortalizó el nombre de Santa Cruz, se confirmó la superioridad de las dotaciones españolas, que peleaban por la honra de su bandera, sobre las mercenarias de los Estados Unidos, que no tenían más móvil que la soldada.

Nuestro Almirante, juzgando temeraria empresa penetrar en el puerto de Matanzas, pues los *yankees* habían emplazado cañones de grueso calibre, cuyos fuegos se cruzaban, dió orden á la escuadra de poner la proa á la Habana, donde, al echar anclas, fué objeto de tales demostraciones públicas de entusiasmo que rayaban en el delirio. Sensibles y numerosas bajas y considerables averías apenaban el ánimo; pero no habíamos perdido ningún barco.

El júbilo con que fué acogida esta noticia en España sólo era comparable al que sentían los españoles residentes en América, que con sus generosos y patrióticos donativos contribuyeron á la regeneración de nuestro poder marítimo.

Los mismos iberoamericanos, para quienes el concepto de la raza era muy superior á la razón geográfica que invocaba hipócritamente la perfidia *yankee,* no podían menos de regocijarse de las victorias de España, cuya misión providencial en el Golfo Mejicano limitábase á impedir y contener la marcha del coloso del Norte sobre el Sur, salvando la independencia de aquellos Estados y la civilización latina.

En cambio, la batalla naval de Santa Cruz originó indescriptible pánico bursátil y mercantil en la gran República, lo cual, unido á los enormes daños que el corso infería al comercio, produjo ruinas inmensas y despertó profundo odio y aversión contra los vividores de la política *(politiquitiens),* á quienes se atribuía la responsabilidad de haber empujado al país en una contienda desastrosa y á todas luces injusta é inicua.

Mas no por esto desfallecieron las energías del Gobierno de Washington, antes bien cobraron vigoroso impulso. Desechaba en aquellas circunstancias toda idea de paz, no porque creyese en la honra nacio-

nal, concepto en su opinión de todo punto anacrónico, sino porque juzgaba seguro el éxito definitivo de la campaña, disponiendo del nervio principal de la guerra: el dinero. Tenía más confianza en tan evidente superioridad sobre España que en otro linaje de consideraciones; pero ya veremos después cómo los recursos pecuniarios, por considerables que sean, no bastan para obtener el triunfo, ni aun en los tiempos que alcanzamos, en que la guerra se convierte en luchas de máquinas contra máquinas, porque éstas requieren la dirección de la pericia que no se improvisa, la fuerza admirable de la abnegación que no se impone, y el heroico sacrificio de la vida que no se compra á ningún precio.

✷

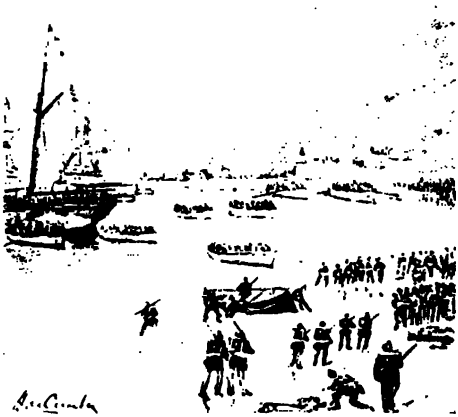
IV

Votado por el Congreso de los Estados Unidos un crédito de cuatrocientos millones de pesos á fin de proseguir la guerra contra España, el Gobierno de Washington ordenó la salida para Cuba de una nueva expedición, compuesta de 40,000 hombres, organizados precipitadamente, y la recluta de otros 50,000, á cuyo efecto se echó mano de cuantos naturales y extranjeros se presentaron, ofreciéndose crecidos premios de enganche.

La expedición, conducida en vapores mercantes, llegó sin contratiempo á Matanzas, yendo escoltada desde los puertos de la Unión por otra escuadra, que se formó con buques que se hallaban lejos

de las costas norteamericanas del Atlántico al estallar la guerra.

El General en jefe *yankee,* seguro de la victoria con tan considerables fuerzas, de-



cidió tomar la ofensiva marchando sobre la Habana, mientras la escuadra, que, con los nuevos refuerzos, era muy superior á la nuestra, restablecía el bloqueo de aquel puerto y amagaba un ataque.

Y dejando 6,000 hombres en Matan-

zas, con el resto del ejército, que ascendía á 50,000 de tropas regulares y 10,000 insurrectos cubanos, bien armados y equipados, emprendió el movimiento, sin encontrar dificultad alguna hasta cerca de San Juan de Jaruco.

No lejos de dicha población hallábase concentrado, ocupando excelentes posiciones, el ejército español, el cual, cansado de la guerra de columnas en pos de enemigos fugitivos y dispersos, ardía en deseos de medir sus armas con fuerzas regulares para sucumbir con gloria ó alcanzar los honores del triunfo.

No excedía de 40,000 el número de nuestros soldados, mientras que el del enemigo era de 60,000.

La batalla fué reñida y encarnizada. Los angloamericanos se batieron con indudable valor y arrojo, aunque advertíase poca pericia en los oficiales, improvisados muchos de ellos, y falta de disciplina é instrucción en muchos regimientos, compuestos de soldados bisoños, procedentes de la última expedición. En cuanto á los insurrectos, que no desmentían la bravura de su raza, se batían á

vanguardia sin orden, desatendiendo las del Estado Mayor.

En cambio nuestras aguerridas tropas, conteniendo los naturales ímpetus de su ardimiento, atentas sólo á la voz de sus jefes, peleaban como en un campo de maniobras, procurando sobre todo no prodigar las municiones, defecto en que incurren con las modernas armas de repetición los soldados que desconocen la disciplina en el fuego.

Merced á la mejor instrucción de las tropas, á la pericia de los oficiales y al valor que todos revelaban, poniendo de manifiesto la inmensa superioridad de una nación de tradicionales hábitos militares, donde se rinde culto al noble ejercicio de las armas, sobre otro Estado que entrega la defensa del símbolo de la patria á aventureros asalariados, lograron los españoles sostener sus posiciones durante siete horas, no obstante las repetidas y violentísimas cargas dadas por los *yankees,* en particular sobre el ala derecha, que trataban de envolver con tenacidad y porfía extraordinarias.

Era, sin embargo, mucho mayor en

número el enemigo, más potente su artillería, aunque inferior en calidad su personal, y la situación de los nuestros por momentos crítica y difícil. Comenzaban á escasear las municiones, y algunas baterías consumían sus escalones de reserva. Varios batallones de infantería, agotados los cartuchos, se cubrían de gloria dando cargas á la bayoneta. Mas si menguaban los elementos materiales con que prolongar la lucha, crecía la intrepidez de nuestros soldados, dispuestos á vender caras sus vidas y á disputar palmo á palmo el terreno.

El General en jefe del ejército de Cuba, que dirigía en persona la batalla, confirmando sus singulares dotes militares y su valor y sangre fría á toda prueba, aguardaba con viva impaciencia la llegada de las reservas que se dirigían sobre Jaruco. Estas tropas, molestadas en su marcha por numerosas partidas insurrectas, cuya misión era cortar las comunicaciones, no lograron llegar á la hora y al sitio que se les había ordenado.

Los angloamericanos redoblaban el ataque con el auxilio de partidas insurrec-

tas montadas, que intentaron una diversión sobre el ala izquierda de nuestro ejército; y aunque éste seguía defendiendo con tesón sus posiciones, ante la superioridad del número y la escasez de municiones, la prudencia aconsejaba la retirada sobre la Habana, cuyas obras de defensa por la parte de tierra se hallaban en excelente estado.

Así lo creyó el General en jefe cuando mandó que se reuniese la división de caballería para proteger la retirada, si ésta se hacía precisa, mientras algunos oficiales de Estado Mayor iban en busca de las tropas de reserva, con orden de estimular su marcha. Así las cosas, á las dos de la tarde se supo que aquéllas se acercaban. Componíanse de cinco batallones de infantería, siete de voluntarios, 3,000 caballos y 12 cañones de montaña, las cuales, cayendo de improviso sobre el flanco izquierdo del enemigo, obligaron á éste á iniciar la retirada. Entonces, nuestra caballería, que renovaba las proezas de su preclara historia, cargó con furioso ímpetu á los gritos de «¡Viva España!» sembrando la muerte y el pá-

nico en el ala izquierda del ejército invasor.

El General en jefe juzgó llegado el

momento decisivo, y ordenó al Comandante general de Artillería la reunión del mayor número de piezas. En breves momentos se operó la concentración de tres

baterías montadas y seis de montaña, qu
formando una gran masa, rompieron
fuego sobre el centro del enemigo. Lo
fuegos de granada y metralla produjero
efecto terrible, enardeciendo el entusias
mo de todo el ejército. Tomó la artillerí
nuevas posiciones avanzando, y al co
menzar la retirada violenta del centr
enemigo, se dió la orden de avance
una división para que apoyase nuestra
piezas.

Derrotados la izquierda y el centro
hubo de replegarse rápidamente el al
derecha de los norteamericanos. Uno d
sus batallones, formando el cuadro, inter
tó oponer resistencia; pero deshecho po
nuestra caballería, vióse obligado á ren
dirse. Igual suerte cupo á dos baterías,
pesar de su vivo fuego de metralla, toma
das á la bayoneta por los valientes volu
tarios de la isla, que ensordecían el air
gritando: «¡Viva Cuba española!»

La infantería rayó á grande altura, apo
derándose de otras piezas que los artille
ros angloamericanos defendieron hasta
último extremo.

Todas las armas, rivalizando en heroís

mo y disciplina, contribuyeron á tan señalada victoria. De ella daban elocuente testimonio 27 cañones, 15,000 prisioneros, 14 banderas, numerosos caballos, considerables pertrechos y 200 carruajes atestados de municiones de boca.

Los muertos y heridos del enemigo pasaron de 4,000, y los nuestros de 2,500.

El General en jefe americano, con tres brigadas de tropas veteranas, logró retirarse hasta ponerse al amparo de los cañones de Matanzas.

El resto de su ejército, compuesto de los soldados bisoños de la segunda expedición, amotinándose á los gritos de «¡Viva la Revolución social!» «¡Mueran los traidores!» «¡Abajo los oficiales!» se dispersó, formando partidas de merodeadores ó engrosando las de los insurrectos, que después de la derrota huyeron á la manigua.

¿Era de extrañar esta sedición en un ejército de mercenarios derrotados, dada la indisciplina social reinante, cuando en épocas normales, en plena paz, como hemos dicho anteriormente, desertaban en los Estados Unidos una tercera parte de

los reclutas? ¡Tal será la suerte de los ejércitos vencidos que no cuenten como base principal las sufridas y honradas masas rurales, esclavas del deber y la obediencia y refractarias á las ideas disolventes de los presentes tiempos! ¡Ay de las naciones que confíen su honra ó la salvaguardia de la paz pública á manos de aventureros que se inspiran en el odio contra el orden social ó en el menosprecio del concepto de la patria! ¡Vencedoras, mantendrán tal vez el freno de la disciplina; vencidas, se volverán contra ellas sus propias armas!

El ejército español siguió sobre Matanzas, cerrando las comunicaciones á la plaza y practicando los trabajos preliminares para su asedio. Con la guarnición y los soldados que permanecieron fieles á sus banderas después del descalabro de Jaruco, el General en jefe angloamericano logró reunir cerca de 20,000 hombres. Contaba además para prolongar la resistencia, hasta la llegada de nuevos refuerzos pedidos con urgencia á los Estados Unidos, con el auxilio de la escuadra, que había regresado á Matanzas.

Las operaciones de sitio adelantaban rápidamente. Dos fuertes destacados cayeron en nuestro poder, y comenzaban los trabajos de aproche contra el recinto. El fuego de cañón, muy intenso por una y otra parte, no se interrumpía ni aun durante la noche, pues los sitiadores iluminaban la plaza con proyectores eléctricos.

Entretanto, la escuadra española, repuesta de las averías, salía de la Habana; y en vista de la inacción de la enemiga, que no osaba abandonar la bahía de Matanzas por advertirse á bordo de algunos buques síntomas de insubordinación, dirigíase á Cayo Hueso y se apoderaba, después de vivo bombardeo, de aquel foco del filibusterismo cubano.

Tiene dicho islote muy reducida superficie (nueve kilómetros de largo por tres de ancho); pero su excelente puerto, que admite buques hasta de seis metros de calado, y su proximidad á Cuba, de donde dista cien millas náuticas, le dan verdadera importancia. Durante la guerra de secesión lograron conservarlo los federales, sacando de él mucho partido.

* * *

Tres semanas habían transcurrido desde el desastre de Jaruco, cuando los *yankees,* que contaban con sobrados medios para continuar la defensa de Matanzas en la espera de nuevos refuerzos, enarbolaron bandera de parlamento para pedir un armisticio, prometiendo abandonar la isla de Cuba.

Gran sorpresa produjo este suceso en el campo sitiador; pero pronto se tuvo noticia de que los socialistas y anarquistas de los Estados Unidos, aprovechando el general disgusto producido por las infaustas nuevas de la guerra, se levantaron en armas, entregándose al saqueo, al asesinato y al incendio, y que los reclutas destinados á la tercera expedición hacían causa común con los revolucionarios. A pesar de la energía desplegada por las milicias para reprimir el movimiento, tomaba éste proporciones aterradoras: Wall-Street, la calle de la aristocracia mercantil de Nueva York, incendiada por los petroleros, estaba convertida en un montón de escombros; suntuosos palacios

eran devastados por las turbas; muchos establecimientos de crédito, robadas las cajas, no podían hacer frente á sus compromisos; suspendíanse en todas partes las transacciones comerciales, y un ejército de harapientos armados amenazaba el Capitolio de Washington. Allí los Call, los Hitt, los Sherman, los Morgan, los Turpie, antes defensores de los vándalos de la manigua cubana, alzaban angustiosas voces en demanda de prontas y enérgicas medidas que salvasen el orden social y restableciesen el imperio de las leyes: hasta ellos pedían la vuelta del ejército, compuesto de veteranos fieles y leales, en mal hora enviado á las costas de la Grande Antilla. El Gobierno hubo de acordarlo así, mientras á instancia del Congreso entablaba negociaciones de paz con España.

¿Era, sin embargo, de extrañar aquella pavorosa revolución del proletariado, consecuencia lógica de una guerra infausta, recordando el ejemplo de la *Commune* de París, en los albores del socialismo contemporáneo? ¿No debían reproducirse las horrorosas escenas de sangre y extermi-

nio en una nación como los Estados Unidos, donde el número de sectarios de las diversas escuelas enemigas irreconciliables del orden social se elevaba á la enorme cifra de tres millones? Con tales y tan numerosos enemigos dentro, ¿no aconsejaba el más vulgar instinto de conservación no buscarlos fuera y renunciar á una política exterior agresiva y á todo linaje de peligrosas aventuras? ¿Cabía mayor demencia que la guerra cuando los más altos intereses sociales y la solidaridad de la común defensa imponen la paz y la concordia entre las naciones cultas?

Como suele acontecer, los mismos elementos patrioteros, los vividores de la política que empujaron á los poderes públicos á la lucha contra España, fueron los que con más ahinco y vehemencia vituperaron lo que antes ensalzaran; mas la opinión sensata, cuyas aspiraciones limitábanse á las conquistas pacíficas del trabajo y de la industria, no se prestó al engaño ni á la seducción de aquellos mercaderes de la cosa pública, y al grito de «abajo los *politiquitiens* (politicastros)» y «América para los hombres de bien,»

se organizó una gran cruzada para la destrucción de aquella plaga, la más funesta, después de la socialista, que afligía á la República anglosajona.

***

Abandonada Cuba por el ejército norteamericano, y faltos los insurrectos de auxilios y hasta de la esperanza de obtenerlos, fué fácil empresa la completa pacificación del territorio. A ella contribuyeron los desengañados y particularmente la gente de color, á quienes una dolorosa experiencia enseñaba lo que podían esperar de sus humanitarios y filantrópicos protectores. Los mismos cubanos que se rebelaron contra la madre patria, no pudiendo resistir la insolencia y los brutales atropellos de los desertores *yankees*, los perseguían y acosaban como á bestias feroces para entregarlos á las autoridades españolas.

Ya restablecida la tranquilidad en los Estados Unidos, donde los consejos de guerra funcionaron con más rigor que en Cuba para la represión y castigo de los

perturbadores del orden público, no quedando ni el recuerdo del espíritu que informara el famoso protocolo de 1877, se estipuló un tratado definitivo de paz y amistad entre los gobiernos de Washington y Madrid.

Por una de sus cláusulas nos fué cedido Cayo Hueso; pero como la nación española había renunciado para siempre á toda idea de adquisiciones territoriales en América — harto le costaba conservar los últimos restos de su patrimonio ultramarino — decidió regalar aquel islote á Méjico.

Si hubiese dependido de su voluntad, arrancara los territorios de Tejas y California de manos del usurpador para entregarlos á su legítimo dueño, pues ambicionaba solamente la prosperidad y engrandecimiento de la América latina, y verla á cubierto de la perfidia y rapacidad de la moderna Cartago.

A tan alto fin tendió después la política de las Repúblicas de origen Ibérico, las cuales firmaron inquebrantable pacto de alianza ofensiva y defensiva, precursora de la gran Confederación del Sur. Así, y

sólo así, opusieron firme valladar á la pujanza invasora y absorbente de los *yankees,* que trataron de difundir el recelo y la desconfianza contra Europa, la cual desde el reconocimiento de la independencia de las antiguas colonias no apeló á la violencia en menoscabo de la integridad de dichos Estados; mientras que ellos, los Quijotes, con intenciones de Sancho, los aprovechados paladines de la libertad y de la autonomía de los pueblos americanos, detentaban las extensas regiones de Tejas, Nuevo Méjico y California, invadidas traidoramente y subyugadas por las armas.

Y triunfando la lógica y el buen sentido de preocupaciones ridículas, prejuicios vulgares é injustas malevolencias, el nombre de España fué unánimemente bendecido y reverenciado por las naciones del Nuevo Mundo, desde Río Grande del Norte hasta el Cabo de Hornos, unidas todas por los vínculos estrechos de la sangre y de los intereses recíprocos, constituyendo con aquélla una patria común, única é indivisible en su concepto más puro, noble y sublime: la patria del espíritu.

Recuerdos de otra vida

Recuerdos de otra vida

Á LA EXCMA. SRA. MARQUESA DE ALELLA
QUE ME INSPIRÓ ESTE CUENTO

I

Catorce abriles, blanca como una azucena, rubios y sedosos cabellos que competían con el oro, ojos azules y expresi-

vos, rostro simpático y agraciado, bondadoso corazón y dulce carácter, y esas maneras distinguidas, sin afectado estudio, que dan claros y manifiestos indicios del buen ejemplo recibido y del medio ambiente en que una persona se ha criado: tal era el retrato de mi prima Dolores.

Los padres de ésta, deseosos de que completase su educación, decidieron confiármela para que la acompañase á un colegio de París.

Salimos de Madrid en el Sud-expreso, y al caer de la tarde del siguiente día, que era de Enero, comenzó á nevar copiosamente. Dolores y yo ocupábamos una de las mesitas del vagón-restaurant, y nos disponíamos á comer, cuando el tren se detuvo, y oímos gritar: «¡Orleans, cinco minutos!»

—¡Orleans!—exclamó la niña tapándose el rostro con las manos.

—Sí, Orleans, la patria de la célebre Juana de Arco.

—No,—me contestó Dolores con viveza, descubriendo de nuevo su hermoso rostro y mirándome fijamente;—no nació aquí: tuvo su cuna en Domremy, y si es

conocida con el nombre de *Doncella de Orleans*, se debe á sus hazañas impidiendo que esta plaza cayera en poder de los ingleses.

—Por lo visto recuerdas perfectamente la historia de aquella mujer extraordinaria.

—¿Que si la recuerdo? Con sus menores detalles...

Y mi prima se quedó pensativa, sin probar apenas los manjares que comenzaron á servirnos.

El tren prosiguió su marcha con dirección á París; iba á todo vapor, á pesar de la gran cantidad de nieve que caía sobre el camino.

La niña estaba pálida y silenciosa. De pronto advertí dos lágrimas en sus pupilas, y para distraerla, creyendo que el recuerdo de sus padres causaba su tristeza, le rogué encarecidamente que me contase la vida de Juana de Arco.

—¿Quién no la conoce?—dijo con visible agitación.—Juana era una pastora, una pobre pastora, hija de humildes aldeanos. Contaba apenas diez y ocho años, cuando una noche vió aparecer en-

tre nubes un coro de ángeles, y en medio de ellos á Santa Catalina, Santa Margarita y San Miguel. Estas visiones repitiéronse diferentes veces, y por fin el arcángel anunció á Juana que estaba predestinada á redimir á Francia del yugo extranjero, y le mandó que buscase al señor de Bandicourt, capitán de los guardias del rey Carlos VII, para que la presentase á éste. La doncella obedeció el mandato, á despecho de la oposición de su familia, y abandonando su mísera cabaña de Domremy, en la Lorena, sin más auxilio que sus débiles fuerzas, pero con ciega confianza en el Dios Todopoderoso, se encaminó á un pueblo de Turena, llamado Chinon, donde se encontraba accidentalmente la corte. Las facciones asolaban al país, y los ingleses, aliados de los borgoñones, hacían cruda guerra al monarca francés, cuya soberanía era más nominal que efectiva. Grandes dificultades tuvo que vencer la muchacha para llegar, sola y á pie, hasta la residencia de Carlos, y más, si cabe, para ser introducida á la presencia de éste y convencerle de la misión que el cielo le había con-

fiado de salvar á la patria Al cabo cedió el Rey á los ruegos de Juana, poniendo á sus órdenes un puñado de soldados, con los cuales, en el espacio de ocho días, logró vencer á los ingleses que sitiaban á Orleans. A éste siguieron otros no menos gloriosos combates: tal era el entusiasmo que aquella débil mujer, con la protección divina, despertaba en el ejército, hasta á la sazón desalentado y sin fuerza moral alguna. Merced á repetidas victorias, consiguió, á los dos meses de salvar á Orleans, conducir en triunfo al Rey hasta Reims, donde fué ungido solemnemente. Entonces ella, creyendo realizada su misión, expresó el deseo de retirarse á su casa; pero hubo de ceder á las órdenes del Soberano y proseguir la campaña contra ingleses y borgoñones.

—¿Y los venció también?

—¡Ah! no, —dijo Dolores, lanzando un profundo suspiro; —desoyó los impulsos de su corazón y las misteriosas voces que la aconsejaban desistir de nuevas empresas. Ante los muros de París, al intentar el asalto de la plaza, recibió una herida, y apenas repuesta, abandonada

por sus propios soldados y víctima de infame traición en las inmediaciones de Compiegne, cayó en poder de Juan de Luxemburgo, que militaba en el bando de los borgoñones. Encerrada en el castillo de Beaurevoi, cerca de Cambray, al principio fué objeto de las consideraciones que merecía su desgracia; pero Juan de Luxemburgo, dominado por la codicia, la vendió en diez mil francos á Felipe, duque de Borgoña, quien, á pesar del sobrenombre el *Bueno* que le ha legado la Historia, cometió la infamia y la vileza de entregar á los ingleses á la infeliz prisionera. ¡Y aquí empieza su martirio, su horrible martirio!

Dolores comenzó á llorar amargamente.

—La historia es ciertamente conmovedora,—le dije;—pero no veo motivo para que te aflijas de esta suerte. Sosiégate y hablemos de otra cosa.

—No, no,—respondió la niña.—Quiero referirte el final. Conducida á Ruan, (á la sazón bajo el dominio de Inglaterra), devorada por la fiebre y el insomnio, escarnio y ludibrio de la soldadesca soez y brutal, víctima de la crueldad de inquisi-

dores vendidos al oro británico, la pobre Juana es encerrada como una fiera en una jaula de hierro, con esposas en las manos y grillos á los pies. No satisfechos sus feroces verdugos, la someten á un tribunal compuesto de jueces sobornados por los enemigos de la patria, y la amenazan con el tormento si no declara que ha hecho pacto con el espíritu maligno. Ella resiste con noble entereza, revelando el temple de su alma, sus puras creencias religiosas y el ardimiento de su corazón, diciendo: «¿Queréis que hable contra mí misma? Vengo de parte de Dios: nada tengo que decir aquí: enviadme ante Dios, de quien procedo.» Y sus palabras, sus tiernos años, su cuerpo demacrado por los sufrimientos, su inmensa desgracia, no encuentran piedad en aquellos corazones empedernidos, en aquellos seres degradados, en aquellos miserables hipócritas, que bajo la máscara de la religión, invocando el nombre sacrosanto del Altísimo, la condenan por hechicera á ser quemada viva!

Y Dolores dejó de hablar, porque las palabras se ahogaban en su garganta.

En esto comenzó á silbar repetidas veces la locomotora y el tren á reducir la marcha, hasta pararse de pronto. Limpié con la servilleta el empañado cristal de la ventanilla, y ví á los guardas del ferrocarril que presentaban el farol rojo.

—¿Qué ocurre?—pregunté á uno de los dependientes del tren que entraba en aquel momento en el vagón-comedor.

—Un pequeño desprendimiento de tierras sobre la vía; pero creo que ésta quedará pronto libre: dos brigadas se ocupan en repararla.

La niña no dejaba de llorar, sin advertir, tal era el estado de su ánimo, que atraía sobre sí la atención de algunos viajeros.

—Vén,—le dije, deseando poner término á aquel espectáculo; y me siguió maquinalmente á nuestro compartimiento.

Nos instalamos en él, y sin atreverme á reprender á Dolores por no afligirla más, me asomé á la ventanilla.

Magnífico y sorprendente panorama se presentó á mi vista. En el horizonte, entre negras nubes que descubrían una faja de cielo cárdeno y plomizo, brillaban las postreras claridades del crepúsculo: en el

fondo divisábase la tortuosa corriente de un río, reflejando sobre su tersa y helada superficie las iluminadas ventanas de un caserío; á la izquierda mano, y en primer término, veíase confusa mancha de árboles, de cuyo ramaje, desnudo de hojas y en parte vestido de nieve, pendían largos y afilados carámbanos; y al lado opuesto deslumbraban las rojas llamas de inmensa hoguera, coronadas de denso penacho de humo. Delante de ella pasaban y repasaban numerosos operarios, ocupados en la reparación de la vía, destacándose los obscuros contornos de aquéllos en medio de los rojizos resplandores, y proyectándose sus sombras movientes y dilatadas sobre el blanco sudario de nieve que cubría la tierra.

Después de contemplar el fantástico cuadro que aparecía ante mis ojos, llamé sobre él la atención de mi prima, la cual se puso de pie, y acercándose á la ventanilla, permaneció breve rato silenciosa y absorta, con los ojos desencajados y la mirada fija en la hoguera, hasta que, de repente, fuera de sí, como presa de súbito acceso de demencia, exclamó:

— ¡Mira, allá están mis verdugos! ¡Otra vez me entregan al suplicio! ¡Y qué suplicio, Dios mío! ¡Morir abrasada! ¡Ya percibo el humo que me ahoga; ya veo la llama que prende en mis vestidos; ya siento el calor que me abrasa, mientras crujen mis dientes, se desgarran mis labios, se retuercen mis miembros, y todo mi cuerpo se estremece y crispa, y pugna en vano para romper las ligaduras que le sujetan!

Al oir estas palabras me quedé atónito y confuso. ¡Pobre Dolores! ¿Había perdido la razón? ¿Era vértigo pasajero, ofuscación del momento, ó grave síntoma de enfermedad incurable? Bajé precipitadamente la cortina de la ventanilla, y tomando á la niña en brazos, la coloqué sobre el sofá, la arropé con mi manta de viaje y me senté á su lado sin apartar mi vista de su rostro. Estaba pálida como la cera, y sus ojos extraviados y vidriosos me infundían espanto. Insensiblemente los fué cerrando, y se quedó dormida: su respiración era fatigosa, y agitado el sueño.

Al cabo de algún tiempo despertó, y

restregándose los ojos como si quisiera alejar de sí una pesadilla, se incorporó, paseó la mirada en torno suyo y me dijo:

—No puedes figurarte el espanto que me produjo la hoguera.

—¡La hoguera!—contesté;—¿qué tiene de particular?

—¿Y la gente que anda alrededor?

—¡La gente! ¡Unos pobres obreros que, arrostrando la inclemencia del tiempo, trabajan sin descanso para que podamos proseguir nuestro camino! ¡Ellos muertos de frío y tal vez de hambre, mientras que nosotros, después de opípara comida, nos confortamos al tibio ambiente caldeado por estos caloríferos! ¡Más que

horror, lástima y hasta el sentimiento de gratitud debían inspirarte estos desheredados de la fortuna!

—Es verdad. Ahora me mueven á compasión y despiertan en mí la simpatía; pero al verlos al resplandor de la hoguera me ofusqué y se turbó mi mente. ¡Ah, no sabes el espectáculo, el terrible espectáculo que evocaron en mi memoria!

—¡Un espectáculo terrible! Te conozco desde que naciste: tu vida se ha deslizado tranquila y apacible en compañía de tus amantes padres: ningún suceso trágico ni doloroso ha empañado tu feliz existencia.

—¡Si tú supieras!... Pero no, no quiero decírtelo...; es un secreto que no he revelado á nadie... no se por qué... me da vergüenza...

—¡Vergüenza! ¿De qué puedes acusarte?

—¡No, no; la culpa no es mía, sino de mi destino!

—¡Tu destino! Con esta palabra pretendemos siempre justificar nuestras faltas.

—¡Es que yo no he cometido ninguna!

—¿De qué acusas al destino?

—Pues bien, te lo diré. Voy á hacerte una confesión, á tí, á tí solo. Siempre te he querido como si fueras mi hermano, y sé que apreciarás la sinceridad de mis palabras sin hacer de ellas objeto de burla.

—Habla.

—Has de saber que sospecho... ¿qué digo sospecho? creo firmemente que yo he estado antes en este mundo, y que mi espíritu perteneció á otra mujer.

—¡Qué locura!

—Locura, no; convicción profunda.

—¡Pero creer esto es pecado!

—Si es pecado, no puedo dejar de cometerlo; porque, á pesar mío, contra mi voluntad, conservo indeleble el recuerdo de mi existencia anterior.

—¡Desvaríos!

—No. Al llegar á Orleans acudieron de nuevo á mi mente las reminiscencias de mi vida primera. Recordé á mis pobres padres tristes, solos, abandonados en su mísero hogar, mientras yo, débil mujer, guiada por inspiración divina y arrostrando peligros sin cuento, combatía contra los enemigos de mi patria. Luego, á la presencia de la hoguera, se representó en

mi imaginación la tragedia de Ruán, cu
memoria hiela todavía mi sangre y eri
mis cabellos. Atada al infamante mader
befa y escarnio de la numerosa turba q
se apiñaba en el lugar del suplicio, vea
mis pies el siniestro resplandor del fue
que, chisporroteando en la crujiente
verde leña, tomaba cuerpo, avanzaba y
propagaba, atizado con implacable af
por infernales verdugos, y me envolvía
fin, privándome de la luz del día, pero
de atroces sufrimientos que me parecí
eternos. Conservo aún claramente aqu
espantoso recuerdo de mi vida anteri
¡No me cabe duda: yo he sido Juana
Arco!

II

Mi prima y yo llegamos á París, á la una de la madrugada, con cuatro horas de atraso. En la estación del Norte, término del Sud-expreso, nos aguardaba, llena de ansiedad, nuestra tía, la señora

de Álvarez, que no había visto á Dolores desde que ésta salió de aquella capital, á la edad de cinco años. Nos ofreció su casa con reiteradas instancias, y la acepté gustoso, porque el estado de la niña, que después de la escena del tren me inspiraba vivísima inquietud, exigía los cuidados de una persona de la familia, siendo además preferible una casa particular á la fonda. Nos instalamos, pues, en casa de nuestra parienta, que ya tenía preparadas las habitaciones, y dejando en la suya á Dolores, que estaba rendida del viaje y se acostó en el acto, me recogí en la mía.

A pesar del natural cansancio de treinta y cuatro horas de ferrocarril, me levanté temprano y dí cuenta á mi tía de la extraña perturbación mental de Dolores, de que no poco se sorprendió la buena señora. Recordé que un mi amigo, médico alienista español, director de un establecimiento hipnoterápico, se encontraba accidentalmente en París, y me dirigí en busca suya al hospital de la Salpetrière, donde se dedicaba á perfeccionar sus estudios sobre las enfermedades de los centros nerviosos, en las cuales era aven-

tajado especialista. Tuve la fortuna de encontrarle y de que, á una simple indicación mía, se prestase de buen grado á la inmediata asistencia de mi prima, la cual dormía aún cuando el doctor y yo llegamos á casa.

—¿Quiere usted que despierte á la niña? —preguntó la señora de Álvarez al doctor, mientras nos invitaba á tomar asiento en la sala.

—No, señora,—dijo el médico;—antes me permitirán ustedes que les dirija varias preguntas. El señor me ha referido detalladamente lo ocurrido en el tren, y deseo conocer algunos hechos, que juzgo necesarios para hacer el diagnóstico. ¿Qué edad tiene Dolores?

—Catorce años,—contestó mi tía.

—¿Alguna persona de la familia ha padecido de trastornos nerviosos?

—Ninguna,—dije yo.

—¿Y usted, señora, conoce á la niña desde su infancia?

—Nació en París, en esta misma casa, y fuí su segunda madre, hasta que, á la edad de cinco años, marchó con sus padres á Madrid.

—Mientras estuvo usted en su compañía ¿notó en ella algo de extraordinario?

—Viveza de imaginación y sensibilidad exquisita. Tenía verdadera pasión por todo lo maravilloso; pero como esto es tan común en los niños, no le dí importancia.

—¿Y usted, amigo mío, durante la permanencia de la enferma en Madrid observó en ella excitaciones inmotivadas, vértigos, monomanías, rarezas?

—Ninguna; pero ha revelado siempre un carácter concentrado y serio, impropio de sus años.

—¿Y cuáles son sus aficiones?

—En primer lugar la lectura. Sabe al dedillo la Historia de Francia, particularmente de la época de Carlos VII. Conoce con sus menores detalles la vida de Juana de Arco.

—Ya de muy niña,—añadió la señora de Álvarez,—era su heroína favorita. Me importunaba con frecuencia para que le refiriese su biografía.

—¿No recuerda usted cómo comenzó esta predilección por la célebre doncella de Orleans?

—No, señor.

—¿La vió en la escena?

—No fué nunca al teatro mientras estuvo en París.

El doctor se quedó un rato pensativo, y fijando maquinalmente la vista en un cuadro que adornaba el salón, dijo:

—Durante sus primeros cinco años, Dolores vivió en esta casa, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—¿Y entonces tenía usted ya ese cuadro?

—¡Ah! sí, señor; y por cierto que estaba enfrente de la cama de Dolores.

—¡He aquí el cuerpo del delito!—exclamó el médico, poniéndose de pie.

El cuadro representaba el suplicio de Juana de Arco: era una litografía iluminada, copia de la obra de Eugenio Déveria, existente en el Museo de Angers. La heroína aparece de pie sobre la hoguera que encienden los verdugos, mientras un sacerdote le presenta una cruz.

—*Corpus delicti,*—repitió el médico mirando atentamente el cuadro.—Señora, despierte usted á Dolores, y que se vista en seguida.

Y mi tía nos dejó solos.

—¿Cómo se explica usted, doctor, el origen de la enfermedad?

—Sencillamente: la niña era un *sujeto* extraordinario: veía con mucha frecuencia este cuadro, y acabó por identificarse con el personaje principal. ¡Nos encontramos en presencia de un caso de *autosugestión!*

***

La señora de Álvarez nos anunció que Dolores estaba levantada y que podíamos entrar en su habitación. Lo hicimos así, y el doctor, con mucha afabilidad y cari

ño, evitando toda alusión á la escena del tren y á la extraña monomanía de la enferma, sometió á ésta á un interrogatorio; la pulsó, y la exploró, y terminó diciendo que no tenía más que una ligera indisposición.

—Voy á recetar,—añadió, dirigiéndose hacia la puerta; pero de pronto volvióse bruscamente, y clavando sus ojos, que parecían saltar de sus órbitas, en los de la niña, la fascinó de tal suerte, que la rigidez de sus miembros, la expresión de su semblante y la inmovilidad de sus pupilas, como atraídas y subyugadas por misterioso imán, dieron claras y ma-

nifiestas señales de que estaba hipnotizada.

Yo sentí miedo, y mi tía se llenó de terror ante aquella imponente escena.

—Tú fuiste Juana de Arco, ¿no es verdad? —preguntó el doctor sin apartar la vista de Dolores.

—Sí, señor, —contestó ésta con voz débil y sumisa.

—Pues para que te persuadas de que eres víctima del error, quiero, mando y exijo que conserves en tu memoria la causa que lo motivó. Al despertar de este sueño hipnótico te dirigirás á la sala, y fijando tu mirada en un cuadro, se avivará en tu mente un recuerdo de la infancia, y adquirirás el exacto conocimiento de la realidad. Yo te conjuro con toda mi fuerza sugestiva á detestar, abominar y execrar la falsa doctrina de la transmigración de las almas, y á que te convenzas de que los desvaríos de tu cerebro sobre una existencia anterior son hijos de sensaciones por tí recibidas en los primeros albores de la infancia.

El doctor ordenó después á mi prima que conservase el recuerdo permanente

del estado de conciencia del sueño provocado, y la despertó (1).

Dolores se frotó los ojos con las manos: luego recorrió con la vista toda la habitación, sin reparar apenas en los que presentes allí estábamos. De pronto se levantó, y entrando con paso resuelto y firme en el salón inmediato, colocóse delante del cuadro de Juana de Arco, y dijo:

—¡Ah! ¡Este cuadro se hallaba enfrente de mi cama cuando estuve en París, siendo muy niña!... ¡Qué bien lo recuerdo!... ¡Tonta de mí! ¡Pues no imaginé que antes de nacer fuí Juana de Arco! Olvidé el cuadro, pero me identifiqué con la imagen; y los vagos y confusos recuerdos que quedaban en la penumbra de mi memoria, me hicieron creer en una vida anterior, cuando la nuestra no tiene más que presente y futuro. ¡Perdóname, Dios mío! ¡Estaba

(1) El recuerdo de los estados de conciencia (sensaciones, actos, pensamientos, etc.) del sueño provocado está abolido al despertar; pero este recuerdo puede ser reavivado por sugestión, ya temporalmente ó ya de una manera permanente.—(*El sonambulismo provocado,* estudios fisiológicos y psicológicos por H. Beaunis).

loca!... ¡Pero este cuadro me parece ahora más pequeño!

—Es que usted ha crecido, y él no,—dijo el doctor.—¡Con los años se ven más pequeñas las cosas!

El futuro Ayuntamiento de Madrid

El futuro Ayuntamiento de Madrid

I

ANTAÑO

En la *Relación de los sucesos de la Monarquía Española desde 1654 á 1658*, por don Jerónimo Barrionuevo de Peralta, publicada en la *Colección de Escritores Castellanos*, se lee lo siguiente:

«Murió ayer don Francisco Sardineta,

regidor de Madrid, riquísimo; que no hay quien no lo esté en entrando en el Ayuntamiento.»

HOGAÑO

Véanse los comunicados, sueltos y artículos que inserta con frecuencia la prensa política de esta villa y corte.

POSTAÑO *

(FRAGMENTO DEL DIARIO DE CÁNDIDO BUENO)

Madrid, 10 de Enero de 1943.

¡Ya soy concejal! Recia fué la pelea, reñida la batalla, y asombrosa la victoria. Nuestras huestes, dando gallarda muestra de unión y de concordia, acabaron al fin con el pérfido amaño, el descarado soborno y el insolente atrevimiento de la innoble y egoísta burguesía.

De los cincuenta concejales que han de componer el Ayuntamiento de la capital de esta nación, que todavía se llama Es-

* Si decimos antaño y hogaño, ¿por qué no se ha de expresar el tiempo venidero con la voz *postaño*?

paña, cuarenta y uno pertenecen al partido socialista.

Los honores del triunfo corresponden en primer lugar al compañero Isidro Ca-

zurro y Marrajo, alias *el Catedrático,* consecuente conservador, liberal y demócrata en los ominosos tiempos en que dichos partidos imperaban en el Munici-

pio, y más consecuente socialista ahora al desaparecer para siempre de la Casa del Pueblo la opresora tiranía de un régimen capitalista tan de suyo cruel y depravado como absurdo y anacrónico.

Isidro Cazurro, tabernero de altos vuelos, en quien el natural despejo y el sentido práctico suplen la ausencia de toda instrucción, apercibió á las masas para la defensa de sus santos y vulnerados derechos, ora inculcando á los débiles el sentimiento de la dignidad humana, ora alentando al menesteroso con pródiga mano, ora llevando la persuasión y el convencimiento al ánimo de los descreídos y vacilantes, ora, al frente de un puñado de valientes, conduciendo á los comicios al rebaño anónimo, refractario á la vida pública, y ora extirpando de aquéllos, con la fuerza de la razón y la fuerza que amedrenta, la malicia, el engaño y la perversidad con que la asquerosa y repugnante burguesía intenta y ha intentado siempre falsear la soberana voluntad de las clases proletarias.

Entre los que han contribuído á tan señalada victoria, secundando las órdenes

del jefe, merecen especial mención: Cristóbal Machuca y Tentetieso, hombre de pelo en pecho, alta estatura y fornido brazo, que usa por bastón un pino; Dimas Largo de Uña, ex oficial de escribano, más listo que Cardona y con más sabiduría que Lepe; el probo y respetable Severo Moral Guardarropía, que trocó el arte dramático por la pluma de escritor de *extraordinarios*, y por una vida consagrada al estudio de las ciencias político-sociales; Más Sagarra, muy popular entre las clases pobres, cuyas necesidades remedia á veces comprando papeletas del Monte de Piedad; Perpetuo Borrego, amigo inseparable y desinteresado del compañero Cazurro, á quien presta ciega obediencia; y Ambrosio Dulce y Manteca, mozo barbilampiño, de afeminadas maneras, apóstol incansable de los redentores principios contemporáneos entre el sexo débil, al cual cautiva, rinde y avasalla con una oratoria meliflua y persuasiva, de tonos floridos y místicos, cualidad que le ha valido el sobrenombre de *Padre Capellán de la Social.*

En el nuevo Municipio figuran los cita-

dos correligionarios, excepto el compañero Cazurro, quien, con una modestia que no hay palabras para alabar, encarecer y poner en su punto, ha declinado ahora, como en otras no menos propicias ocasiones, la honra de tomar asiento en los escaños concejiles. ¡Admirable ciudadano, espejo de lealtad y consecuencia, ejemplo de abnegación y desinterés, dechado de virtudes cívicas y privadas! ¡Cubierto de gloria, alcanzado el triunfo, se retira humildemente á su tienda!

***

12 de Enero.

A los gritos de «¡Viva la Social!» «¡Vivan los hombres honrados!» «¡Abajo los ratas burgueses!» el pueblo nos conduce en hombros á la Casa de la Villa.

Los balcones están colgados, y en todos ondea la bandera roja. Machuca se encargó de organizar el júbilo público, y nadie ha dejado de atender á sus exhortaciones: tan general es el regocijo, que hasta rebosa por las orlas de la prensa burguesa. Jamás presenció Madrid manifestación más espontánea.

Congregado el Concejo, aprueba por unanimidad las actas de los socialistas, aplazando el debate de las restantes — declaradas, naturalmente, sucias, — y cons-

tituyéndose en el acto, se procede á la elección de alcalde presidente, tenientes de alcalde y de las once comisiones en que se divide el Ayuntamiento.

Por gran mayoría de votos soy elegido alcalde. El compañero Cazurro me reco-

mendó á sus amigos, y éstos me han votado como un solo hombre.

¡Qué honra para mí empuñar la vara de la primera población de España en estos tiempos de autonomía municipal, cuando no está lejano el día en que se aplique nuestra doctrina, resumida en esta frase: «El Estado omnipotente, y el Ayuntamiento su vicario!»

* * *

14 de Enero.

Los pretendientes no se dan punto de reposo, ni yo le tengo; ayer me fué imposible tomar la pluma. Para cada empleo municipal llueven sobre mí centenares de solicitudes, y por cada solicitud millares de recomendaciones. Ahora resulta que había en Madrid más socialistas que vecinos, y que todos tienen títulos y servicios políticos que les hacen acreedores á figurar en nómina. Por fortuna, el compañero Cazurro, que, según dice, deseaba permanecer alejado de las miserias personales, porque no quiere descender de la región serena de los principios, tiene lástima y compasión de mí, y me indica los nom-

bres de los correligionarios que por sus servicios, competencia y honradez merecen los puestos de más confianza en el ramo de consumos. Ante todo la moralidad: en esto me propongo ser inflexible é inexorable.

***

15 de Enero.

En la reunión celebrada hoy por el Ayuntamiento hemos acordado la cesantía en masa del personal de la corporación: hay que desinfectar aquella sentina burguesa.

El colmo de las cesantías: terminada la reunión, he dado un bando suprimiendo á Dios. ¡Lástima grande que no deje vacante!

***

16 de Enero.

He nombrado los candidatos que el jefe insigne del partido, mi respetable amigo el compañero Cazurro, me propuso en el retiro de su tienda de la calle de Toledo, de la cual se ha negado á salir después de nuestra victoria: y por cierto que, conformándome con sus deseos, siem-

pre le veo sigilosamente, entrando en su casa á deshora por una puerta trasera.

Las credenciales restantes se han repartido á prorrata entre los ediles del partido. Así habrá paz.

***

18 de Enero.

Todos los empleos, incluso los de barrenderos, están provistos, y sin embargo, continúa el diluvio de recomendaciones. En vista de esto, mando fijar á la puerta de la Casa de la Villa el siguiente cartel:

« Ya no hay vacantes ni quien las haga.»

***

19 de Enero.

La sesión del Ayuntamiento ha revestido hoy verdadero interés, por tratarse en ella de una mejora que reclama con urgencia la opinión pública, y á la cual sólo atendía á medias el antiguo régimen.

Se ha acordado cambiar los nombres de todas las calles y plazas de Madrid.

***

20 de Enero.

Sesión de esta tarde. El compañero

Moral, cuya austeridad y rectitud de principios son proverbiales, promueve un debate sobre el arbitrio de consumos, denunciando el hecho, que califica de escandaloso, de acusar la recaudación notable y creciente baja.

(El compañero Perpetuo Borrego, que se sienta al lado del orador, aprovechando una pausa, le habla al oído).

«Disminuye la recaudación,—prosigue el ex actor con voz enfática y tono melodramático, — porque la mano oculta de la vil burguesía alienta y favorece al matute para arrojar infamante mancilla sobre la honra acrisolada de nuestro partido. Con la mano puesta sobre el corazón, á fuer de hombre imparcial, debo confesar, reconocer y decir muy alto que jamás el ramo de consumos ha tenido ni tendrá más celosos, dignos y probos funcionarios que los que actualmente empuñan el estoque fiscalizador en nuestros fielatos; los que con la balanza de la justicia en la mano no permiten que se incline al peso de las dádivas del soborno, del halago de la amistad ó de las seducciones del amor; y los que en la extendida circunferencia

de esta populosa capital, con ojo avizor y oído atento, guardan, defienden y amparan noche y día el sagrado santuario del interés del pueblo. Hecha esta declaración, tan espontánea como todas las que salen de mis labios, cúmpleme manifestar, empero que, desde la elevada y serena región de los principios científicos, no puedo menos de combatir enérgica y constantemente el odioso arbitrio sobre los artículos más necesarios á la existencia humana, contra el cual se subleva, y con razón, el sentimiento público.»

(El compañero Borrego tira de la chaqueta al orador).

«Sin embargo, — continúa Moral, — como la situación del erario concejil es harto precaria y difícil por efecto de las dilapidaciones, irregularidades, robos y demás inmoralidades de la vergonzosa dominación capitalista, me atrevo á proponer al Ayuntamiento que declare y acuerde:

»1.° Que abomina, reprueba y condena, como inicuo y contrario á nuestras doctrinas económicas, el arbitrio de consumos.

» 2.° Que está dispuesto á abolir dicho impuesto en cuanto, sin recurrir á él, se salden con *superávit* los presupuestos municipales.

» 3.° Recargar hasta cinco pesetas por pieza los derechos sobre las gallinas y demás aves de corral, por ser artículo de principal consumo de la inmunda burguesía.

» Y 4.° Dar un voto de confianza al inteligente y pundonoroso cuerpo del resguardo, que tan relevantes servicios viene prestando á despecho de las arterías del maquiavelismo capitalista, confabulado con el matute para infundir la sospecha, la desconfianza y el descrédito en menoscabo de la rectitud de nuestra conciencia y de la pureza de nuestra honra inmaculada. He dicho. »

— ¡Aprobado! ¡aprobado! — gritan todos.

— ¡Por unanimidad! — exclamó el compañero Largo de Uña.

* * *

25 de Enero.

Cinco días há que rige la nueva tarifa

sobre las gallinas: pagan de derecho cinco pesetas por pieza, y, sin embargo, se venden en el mercado á este precio. Una de dos: ó regalan las gallinas, ó las entran

de matute. Pido el estado de recaudación, y advierto con asombro que, desde que el Ayuntamiento aprobó el recargo, sólo han adeudado un par de gallinas: las que me envió un amigo de Vallecas. ¡Pícaros burgueses, que conspiráis contra el buen nombre y justa fama de la Corporación

***

26 de Enero.

Fuerza es poner remedio al mal con mano enérgica y decidida voluntad. Convoco la Comisión séptima, á la cual está encomendada la administración y recaudación del arbitrio de consumos y el personal de este ramo. Forman dicha Comisión nueve concejales, y entre ellos Largo de Uña, Severo Moral, Cristóbal Machuca, Más Sagarra, Ambrosio Dulce y Perpetuo Borrego, todos amigos íntimos de Cazurro Marrajo. Expongo en breves palabras el estado lastimoso de los ingresos en consumos y la necesidad de abrir una información y girar una visita á los fielatos. Algunos se oponen á semejantes medidas considerándolas inconvenientes y aun ofensivas al decoro del personal del ramo; otros me piden que las aplace, y Perpetuo Borrego me aconseja que, antes de tomar una resolución, consulte al compañero Cazurro. En vista de estas observaciones, ruego á la Comisión que se reuna de nuevo mañana para seguir deliberando sobre el mismo asunto.

Se despiden los concejales, y al encon-

trarme solo en mi despacho, el portero me entrega un pasquín impreso, recién arrancado de una esquina. Dice así:

TEATRO DE LA VILLA

TODOS LOS DÍAS

LA FAMOSA COMEDIA DE LEPE DE PEGA,

TITULADA:

EL MEJOR ALCALDE UN LILA

Vuelvo á leer el papel, y me quedo pensativo...

* * *

27 de Enero.

¿Abusan los compañeros de mi buena fe? ¿Soy un iluso, un necio, un mentecato? Fatigado de este pensamiento, no he podido pegar los ojos durante la pasada noche. Apenas raya el día, sin ser de nadie visto ni oído, me echo á la calle, embozándome con mi capa hasta los ojos. De la plaza de *La Moralidad Municipal* (antes Matute), donde tengo mi casa, paso á la calle del *Proletario* (Príncipe) y *Carrera de Saint-Simón* — único santo de nuestro calendario: — atravieso la *Plaza*

de la Humanidad (Puerta del Sol), y siguiendo por las calles de *La Huelga Triunfante* (Montera) y *Descamisados* (Hortaleza), me dirijo á *Las Cuatro Vías de la Evolución Social* (Cuatro Caminos).

Las pocas personas que encuentro al paso no paran mientes en mí, y sin llamar la atención entro en una taberna inmediata al fielato, muy frecuentada de agentes de la defraudación y del resguardo, y más durante un día como el de hoy, por ser de riguroso invierno y llover á cánta-

ros. Me siento en un rincón, donde apenas llega la luz, y mientras me sirven frugal desayuno observo y escucho cuanto allí se hace y habla. Tan poca es la cautela y discreción de los concurrentes, que bien merece la taberna el nombre que le han dado los matuteros de *Bolsa del Trabajo.*

¡Qué cosas llegan á mis oídos! ¡Cómo se trafica á costa de la Hacienda madrileña! ¡Cuán torpes, vulgares y descarados los procedimientos para defraudarla! No me cabe duda: estoy rodeado de traidores, y lo peor, lo más triste, á juzgar por las reticencias que salen de los labios de contrabandistas y subalternos de consumos, la maledicencia pública se ceba en mí: soy el gran testaferro de Cazurro Marrajo, del rey irresponsable de esta Villa, cuya lista civil se cobra con cargo á los chanchullos concejiles... Pero necesito pruebas; quiero confundir y entregar á los tribunales á los prevaricadores, caiga el que caiga, y poner de manifiesto mi inocencia, la rectitud de mis intenciones y el firme propósito de asentar sobre sólidas bases el buen nombre del Ayuntamiento.

Me presento en el fielato, cuyo administrador conozco, y giro una visita de inspección. Las pruebas están allí, claras, evidentes, abrumadoras. Existe una vasta conspiración organizada para defraudar en grande escala el arbitrio municipal. Al frente de ella está Cazurro, á quien se-

cundan varios individuos de la Comisión del ramo. Los restantes defraudadores son gente de poca monta, cuyas dádivas constituyen los gajes de los subalternos; la parte del perro, los desperdicios de las reses que el montero arroja á la jauría.

Llamo aparte al administrador, y al pedirle estrecha cuenta de su proceder, me contesta:

—¿A quién he de servir? ¿A quien firma las credenciales ó á quien las da y las quita?

Regreso á mi casa, y mando llamar al compañero Cazurro y á los individuos de la Comisión que aparecen comprometidos. Acuden á la cita, y sin rodeos ni circunloquios les refiero cuanto he oído y visto. Creí confundirlos, y lejos de inmutarse se sonríen y encogen de hombros.

Cazurro contesta con el mayor cinismo que las elecciones se hacen con dinero; que él lo ha gastado para conseguir nuestro triunfo, y que, por consiguiente, es justo y natural que busque la manera de recobrarlo.

Largo de Uña observa que el matute no deja de tener un lado práctico, porque contribuye á la baratura de los artículos más necesarios á la subsistencia.

Ambrosio Dulce exclama con voz meliflua y atiplada:

—¡Nosotros, que aspiramos á la redención del proletario, no tenemos derecho á extremar el rigor contra tantos infelices de ambos sexos que acaso morirían de hambre si les faltase el mísero pedazo de

pan que les proporciona el ejercicio del contrabando!

Más Sagarra sostiene que como la principal fuerza de la infame burguesía ha sido el capital, los socialistas obran cuerdamente en adquirirlo para contrarrestar los manejos de aquélla y vencerla con sus propias armas. «¿Qué se nos puede argüir? — pregunta. — ¿Que cuando no ingresa en las arcas municipales el dinero á ellas destinado se quita al pueblo? Pues si nosotros se lo devolvemos á éste en forma de mayores derechos y libertades, aumento de jornales y disminución de horas de trabajo, ¿no pagamos con creces el anticipo?»

Moral, el sociólogo austero, me endereza un discurso filosófico que termina así: «¿La moral absoluta es objetiva ó subjetiva? Para mí es puramente objetiva, y por lo tanto puedes profesar, sin menoscabo de tu conciencia, sin oposición al sentimiento interno de justicia, una moral relativa y oportunista; porque á veces las circunstancias políticas, las necesidades de los partidos, y hasta el mismo interés de la sociedad, se sobreponen á la moral

en su concepto más noble y sublime. Suele además acontecer que por el camino del mal se llega más pronto á la conquista del bien, suprema aspiración hacia la cual encaminamos nuestros pasos.»

— ¡Basta! — exclamo indignado. — ¡Basta de sofismas, argucias y sutilezas! Ninguna de ellas me hará vacilar del propósito que abrigo y abrigaré siempre de vivir dentro de las leyes del honor, leyes eternas é inmutables, contra las cuales no puede prevalecer esa moral acomodaticia que invocáis para justificar y encubrir vuestras torcidas intenciones y reprobadas artes. No quiero ser cómplice ó encubridor de la inmoralidad municipal. ¡Ni su interesado instrumento, ni su complaciente auxiliar! Más delinque á veces la debilidad, el silencio ó el mal entendido espíritu de cuerpo, que la misma prevaricación. Ni cerraré, cobarde, los ojos para no ver, ni rehuiré mi asistencia á las sesiones para eludir responsabilidades, ni figuraré en el montón de falsos hombres de bien, incapaces del mal, pero que lo toleran y soportan resignados. Antes prefiero retirarme de la vida pública.

Machuca enarbola el pino que le sirve de bastón, y mirándome fijamente habla de esta suerte:

—¡Cuidado! ¡Mira lo que haces! Si quieres escándalo, escándalo habrá; pero ha de ser en tu daño. Sobre tí haremos recaer la culpa...

—Publicaré una hoja, —interrumpe Moral, —acusándote de concusionario, y lo probaré...

—¡Concusionario yo! —grito fuera de mí. —¡Miserable, infame, calumniador! ¡Por respeto á esta casa no te arranco la lengua!...

—¡Calma! ¡calma! —dice Cazurro interponiéndose; —ya sabemos que eres un bendito; por esta razón, á propuesta mía, te eligieron alcalde; pero, si te empeñas en dar la campanada, inocente y todo, daremos contigo en la cárcel. Acuérdate del refrán: «No vive más el leal, que cuanto quiere el traidor.» Piensa, reflexiona, consulta con la almohada. Si no quieres ingresar en nuestra sociedad, haz como muchos de aquella casa: vista gorda, o cierra los ojos; porque, si allí hay [illegible]catos, estan en mayor número los

que se empeñan en parecerlo: los hipócritas de la tontería. ¡Hasta mañana, compañero Bueno! ¡Salud y Revolución Social!

Perpetuo Borrego, que no había desplegado los labios, exclama, á manera de despedida, mientras sigue á sus amigos con dirección á la puerta:

—¡Y Moralidad!

***

Todos se alejan, y permanezco largo tiempo silencioso, triste y meditabundo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué solos quedan los hombres de bien!... ¿Pero he

dicho Dios?... ¿No lo he suprimido?... Si me falta, ¿á quién invocaré en la tremenda lucha contra la injusticia y la perversidad de los hombres?...

II

Madrid, 28 de Enero de 1943.

Todavía resuenan en mis oídos los discursos de los compañeros en vísperas de las últimas elecciones del Ayuntamiento de Madrid. ¡Qué de promesas si triunfaba la santa causa, representada por el partido socialista! ¡Cómo se abría el corazón á la esperanza ante la risueña perspectiva de la victoria! Aquel organismo impuro, aquel foco de inmoralidad inveterada, aquel establo de Augías, que se llama Casa de la Villa, pedía á voces los trabajos de Hércules y las purificadoras aguas del río Alfeo, y á nosotros, sólo á nosotros, estaba reservado emular las portentosas hazañas del héroe de la Mitología. ¡Qué desencanto! Los que en la

oposición alardeaban de Alcides, en el poder rinden culto á Mercurio.

El desorden, el despilfarro, la prevaricación, el cohecho, que durante el régimen burgués echaran raíces en la Corporación, parece que retoñan con nueva y más vigorosa savia. El mismo apetito desenfrenado que despertaban antes los bienes de la colectividad, la misma falta de sentido moral en presencia del Erario público, prevalecen ahora, sin que veamos realizarse ninguno de los ofrecimientos en el orden político y administrativo que figuraban en nuestro programa. Ni se suprime el irritante arbitrio de consumos, ni se reducen las cargas municipales que más afectan á las clases pobres, ni hacemos nada, absolutamente nada, para organizar el trabajo y disminuir la miseria, á no ser alentar la vagancia con la distribución de jornales á amigos y paniaguados que sólo prestan servicios de carácter personal ó de dudosa utilidad política.

¿Me opondré á la corriente de inmoralidad que invade á nuestro partido, como invadió á los que le precedieron en la administración urbana? Por grandes que

sean mis energías, ¿alcanzarán á ellas las fuerzas necesarias? ¿Cerraré, pusilánime, los ojos, como han hecho tantos en circunstancias análogas á las mías, ó marcharé con paso firme y resuelto por el camino del deber?... ¡Deber! ¡Qué abrumadora carga! ¡Cuán cómodas y preferibles no son la hipócrita ignorancia, la complicidad pasiva ó la calculada inercia!... ¿Qué culpa es la mía si los que soñaban con los trabajos de Hércules han despertado Cacos en ese monte Aventino que se llama Ayuntamiento de Madrid? ¿He elegido acaso los concejales? ¿Pesa sobre mí la responsabilidad de que los empleados sigan su ejemplo? Verdad es que yo firmé sus nombramientos; pero ¿podía contar con el apoyo de la Corporación sin satisfacer su insaciable voracidad de credenciales?... ¡Ah! ¡Mísera condición humana! ¡El egoísmo quiere ahogar la voz de la conciencia!... ¡Seguiré los generosos impulsos de ésta, y respiraré tranquilo con el goce íntimo del bien realizado, del deber cumplido y de las leyes del honor satisfechas!

Mis enemigos son fuertes y poderosos;

cuentan con las simpatías de las masas ciegas y fanáticas; conocen los resortes con que moverlas y empujarlas; disponen de ocultos medios de corrupción para conducirlas por torcidos derroteros; mas yo apelaré á la conciencia universal, al sentimiento de honradez, de bondad y de rectitud que existe siempre en el fondo de las grandes colectividades, y al fin triunfará la causa de la razón, de la moralidad y de la justicia.

Necesito el concurso de la prensa, poderosa palanca de la opinión pública, y no me faltará seguramente su auxilio noble y desinteresado. Por fortuna gozamos de absoluta libertad de imprenta, la única conquista de estos tiempos, y merced á ella la antorcha de la verdad disipará las tinieblas, en las cuales se recatan y ocultan los desleales y pérfidos servidores de la soberana voluntad del pueblo.

***

29 de Enero.

Ayer, pretextando ligera dolencia, permanecí encerrado en mi casa, sin recibir á persona alguna. Hoy me decido á pre-

sidir la reunión del Ayuntamiento. Los vocales de la Comisión de consumos á quienes convoqué anteayer en mi domicilio me saludan con aparentes muestras de afecto, no haciendo la menor alusión á nuestra anterior entrevista. Recibo un B. L. F. *besa la frente,* (fórmula con que hemos sustituído el servil *besa la mano)* del compañero Cazurro, quejándose de la *turbia,* casi secular, del Lozoya, y después del despacho de los asuntos urgentes abro la sesión del Concejo.

Severo Moral pide la palabra para una cuestión de orden.

Antes de concedérsela, en medio de la mayor espectación y produciendo general asombro, anuncio que he descubierto grandes defraudaciones en consumos, y sin acusar á nadie, declaro mi firme resolución de llevar este asunto á los tribunales, para que el fallo inexorable de la ley caiga sobre los culpables, sin consideraciones á la amistad ó á la política.

Severo Moral, un tanto turbado, dice con voz balbuciente que pidió la palabra para una cuestión de orden... económico,

porque se proponía denunciar los mismos hechos á que yo me refería; pero que, habiéndome anticipado, no podía menos de felicitarse de mis gallardas iniciativas. «Todos,—añade con tono declamatorio, repuesto de la emoción,—todos, y yo el primero, estamos resueltos á mantener enhiesta en nuestras manos la bandera de la moralidad, y á prestar nuestro eficaz é incondicional concurso al dignísimo alcalde que nos preside, en una obra que tanto afecta al prestigio y buen nombre de esta Corporación. Si el árbol de la libertad tiene ramas podridas, caigan á los golpes de la afilada segur de la ley. Si alguien intenta enriquecerse á costa del pan y del sudor del proletario, entréguesele á la execración de las gentes y al fallo de la justicia.»

Contesto que tal es mi propósito, y que nada, absolutamente nada, hará torcer mi voluntad de arrancar la máscara á los hipócritas y traidores que convierten en vil mercancía el sagrado depósito que la confianza pública ha puesto en sus manos.

Estas palabras son acogidas con nutri-

dos y ruidosos aplausos en los bancos concejiles.

* * *

30 de Enero.

¡Qué día el de hoy! ¡Quedará grabado eternamente en mi memoria! ¡Jamás hombre alguno ganó mayor nombre y fama que yo, ni disfrutó de aura popular semejante á la mía!

Los manifestantes, congregados en el Prado, Recoletos y la Castellana, tardaron diez horas en desfilar delante de la tribuna que yo ocupaba en el Hipódromo.

Madrid se ha despoblado para tributarme los honores de un triunfo sin precedente en la historia por lo grandioso y espontáneo, y por la diversidad de clases y gentes que figuraban en la manifestación; en ella tomaron parte hasta las monjas exclaustradas.

***

31 de Enero.

No en vano tenía fe en la conciencia pública, en el sentimiento universal de probidad y en el anhelo del bien que se advierten en las palpitaciones de las masas sociales.

El Megáfono, tridiario que imprime en cada edición centenares de miles de ejemplares, hablando de la demostración de ayer, se expresa en estos términos:

«Madrid padece hambre y sed de justicia. Como todos los pueblos meridionales, por naturaleza refractarios á ideas abstractas, necesita una representación sensual de sus más ardientes aspiraciones; una personalidad en quien resumir el valor, la entereza, el desinterés, la virtud sublime, capaz de hacer frente y

combatir en su propio antro á la hidra asquerosa de la corrupción administrativa. Esta personalidad, este verdadero carácter, este asombroso y extraordinario ejemplo de integridad y civismo, cuando todo se sacrifica á las conveniencias, á las consideraciones personales y á las tendencias utilitarias, nos los ofrece el nunca como se debe bastante alabado compañero Cándido Bueno, el más grande de nuestros alcaldes, cuyo preclaro nombre pasará á la Historia, figurando entre los principales bienhechores del género humano.»

***

6 de Febrero.

Seis días há que no salgo del Juzgado; ni tiempo me queda para tomar la pluma.

En los siglos anteriores la justicia histórica era objeto de duras invectivas; pero ¿qué dirían ahora nuestros antepasados si tuviesen que habérselas con jueces y magistrados elegidos por el sufragio universal de Cazurro y compañía?

El juez de instrucción, abrumado por la pesadumbre de centenares de causas,

delega en el escribano, y éste, que no sabe cómo empezar, anegado en un mar de legajos y confusiones, delega en un mozalbete, casi un niño, que pasa horas y horas tomándome declaración y embadurnando folios y más folios de papel sellado.

No me cabe duda: Cazurro y sus amigos han logrado que desaparezcan todas las pruebas de su intervención en las defraudaciones de consumos. Entretanto, el Juzgado no se da punto de reposo en embrollar la causa.

* * *

7 de Marzo.

Me faltan las fuerzas y sufro frecuentes vahidos. Durante un mes, mañana, tarde

y noche he tenido que presentarme en el Juzgado. Ya no sé lo que declaro ni lo que firmo; parece que el oficial del escribano ha conseguido hipnotizarme. Así se busca en estos tiempos la verdad. Antes se aplicaba el tormento para esclarecer los hechos; ahora el cansancio para falsearlos.

***

30 de Marzo.

Por fin el juez de instrucción, compelido y empujado por la opinión pública, acuerda elevar la causa á plenario.

Cesa el secreto á voces del sumario, y para nadie es un misterio que el proceso sólo arroja el hecho plenamente probado de que durante una noche obscura se introdujo en Madrid una cantidad enorme de matute; pero que toda la responsabilidad recae única y exclusivamente en el perro de un vigilante que no ladró á tiempo.

***

1.º de Abril.

El Juzgado me deja en paz; vuelvo á encargarme de la Alcaldía, que dejé pro-

visionalmente para consagrar mi tiempo al aprendiz de escribano, y decido seguir el rastro de otras inmoralidades y entregar á los culpables á la vindicta pública, pues en ello está empeñada mi honra. Por fortuna, todo es orégano en la Sierra Morena Municipal.

***

2 de Abril.

Existen en Madrid varios mataderos clandestinos. Ya estoy sobre la pista. Los explota en grande escala un testaferro del choricero y concejal Morcillo Picado, en compañía del contratista de caballos de la Plaza de Toros y de los laceros que recogen perros en la vía pública.

Voy á dar el golpe, y me presento de improviso á la puerta de una casa donde, según noticias ciertas, existe el principal y más importante de dichos mataderos; pero el conserje me cierra el paso, invocando la inviolabilidad del domicilio y el respeto á la ciencia.

—¿Qué ciencia?—pregunto.

Y el conserje contesta señalándome un rótulo puesto en el umbral, que dice:

ANFITEATRO ANATÓMICO DE VETERINARIA LIBRE

Y me retiro confuso ante la inviolabilidad del domicilio y de los presuntos embutidos de caballo y perro.

* * *

Me hablan de los chanchullos del Retiro. El concejal Hormigo y Mañas, que es especialista en el ramo de indemnizaciones, ha conseguido del Ayuntamiento que

éste abone diez mil pesetas al arrendatario de las lanchas del estanque, como indemnización á la renuncia de parte de sus derechos.

Pido el expediente, y veo con asombro que la indemnización se funda en la conveniencia y utilidad de ensayar por cuenta del Municipio la navegación *sublacustre.*

* * *

Resulta de varios expedientes de la comisión de Ensanche que, en previsión del desarrollo de Madrid, se han expropiado terrenos en las crestas del Guadarrama.

Inspecciono el servicio de limpiezas, y veo la escoba erigida en símbolo de clases pasivas; examino los contratos de empedrados, y encuentro suministros de piedra partida sin piedra; reviso las cuentas de la Tesorería, y descubro que las matemáticas son la más inexacta de las ciencias; visito el Archivo, y reflexiono sobre la inmensidad del caos; mando hacer el arqueo de caja, y siento el vértigo de las alturas.

Nada diré de las escuelas trashumantes

y arriendos de sus locales; ni de los contratos de testaferros edilicios; ni del pago de los intereses de la deuda que vencen á gusto del mejor postor; ni de la extraña rapidez con que se pagan ciertos créditos y se posponen otros; ni de la compra de solares, alineación de calles, rasantes y otros excesos; ni de la continua remoción de las columnas, más útiles que ornamentales, cuya ingrata vecindad evitan los propietarios influyentes ó generosos: ni de la asombrosa facilidad, en fin, con que un concejal entra á pie en el Ayuntamiento y sale en coche.

De todas las irregularidades, concusiones y cohechos tengo pruebas ciertas, evidentes, abrumadoras; pero ¿á qué negarlo? á pesar de las excitaciones de la prensa y de la opinión, no me atrevo á hacerlas públicas ni á denunciarlas al juez, porque el primer culpable soy yo, que autoricé inconscientemente las mayores iniquidades y las más enormes prevaricaciones. De fiscal me convierto en reo.

¡Necio de mí, que, cegado por la propia lealtad, no recelé de la traición ajena;

que me inspiré en la rectitud de mis intenciones sin sospechar de la de mis falsos amigos; que dí harta satisfacción á la vanidad del cargo, sin atender con prudente cautela á los ímprobos y solícitos deberes que me imponía! ¡Necio de mí, que hice ostentoso alarde de moralidad, cuando la arrogancia es mala compañera hasta en el camino del bien! ¡Soñé en la redención de la sociedad, en el perfeccionamiento de la especie humana, en el triunfo universal de la justicia, olvidando que la virtud absoluta sólo se encuentra en las divinas leyes!

Mas si ellas me absuelven, ¿cómo probaré mi inocencia ante la justicia de los hombres? ¡Tal vez hoy me amenaza la cárcel, mañana el presidio!... El terror se apodera de mí, siento mortal congoja, y frío glacial invade mis venas...

***

Y me despierto, y poco á poco recobro el sentido de la realidad y el estado de conciencia, y me convenzo de que ni me llamo Cándido Bueno, ni ha corrido me-

dio siglo en el espacio de una noche, ni soy alcalde, ni siquiera concejal, y por esta merced doy gracias á Dios y á los electores de Madrid, á cuya mayoría, que exige de los ediles probidad intachable, honor intransigente y hasta virtud heroica, le falta valor ó le sobra pereza para acudir á las urnas.

Teitán el Soberbio

Teitán el Soberbio

CUENTO DE LO POR VENIR

A las grandes nacionalidades que respondían á razones estratégicas, á los accidentes geográficos y al origen de raza, siguieron las confederaciones continentales, y á éstas, tras largas y terribles guerras, la unidad política de nuestro planeta,

en el cual la rapidez de las comunicaciones y la asombrosa facilidad de los medios de transporte habían producido en el transcurso de muchos siglos la unidad de lenguaje.

Prodigiosos fueron los adelantos obtenidos en el orden material; pero ni las ciencias sociales, ni el arte de gobernar, ni los principios de justicia y equidad, aplicados á la administración pública, progresaron en manera alguna. Habíanse ensayado todas las formas de gobierno, y los pareceres andaban todavía discordes sobre cuál era la mejor; sometidas al terreno experimental las teorías de las diferentes escuelas socialistas, desde el individualismo anárquico hasta el Estado omnipotente, reconstituíase la obra social según los antiguos planos; buscaba la humanidad el perfeccionamiento de sí misma, menospreciando el auxilio de las creencias religiosas, y sucumbía víctima de su propia flaqueza. Leyes, gobiernos, instituciones, organismos políticos y sociales; todo pudo cambiar, transformarse ó reaparecer; pero la naturaleza humana seguía inmutable á través del tiempo.

* * *

Rayaba el centésimo siglo, y era rey de la Tierra Teitán el Soberbio, (personificación del Estado-Dios), quien tenía á su servicio los inventos más peregrinos y extraordinarios que concibió el genio de la ciencia y perfeccionó la actividad incansable de la industria.

Inmensas redes de alambres telegráficos y telefónicos y de cables subterráneos y submarinos cruzaban en todas direcciones, y el Monarca universal regía al Mundo con un ejército de electricistas, al cual estaba confiado el resorte más poderoso del Gobierno: el espionaje.

Cubiertos los techos y paredes de los edificios y los pavimentos de las calles y caminos de millones de micrófonos, en comunicación con el Ministerio de Policía, los sonidos, por distantes que fuesen, llegaban á él y se imprimían en aparatos *telefonográficos*; mientras que innumerables cámaras obscuras transmitían por medio de *teleteidoscopios* las imágenes lejanas que reproducía en colores, con fidelidad y exactitud notables, la *telefotografía*.

Hasta en los aereostatos y en los *aereociclos*, vehículos muy comunes, había aparatos dedicados al espionaje, en los cuales quedaban estampadas las vibraciones del aire y de la luz.

Nunca el azote de la tiranía castigó en tan alto grado á la especie humana, ni nunca fué ésta más digna de lástima. Una palabra equívoca, pronunciada acaso en el seno de la intimidad ó involuntariamente proferida en sueños, registrada por los misteriosos confidentes *telefonográficos*, bastaba para que los esbirros del Rey, apelando á la electrocución, se convirtiesen en verdugos de un ciudadano.

Enormes minas, cuyos hornillos encerraban materias explosivas, superiores á la dinamita, extendíanse en el subsuelo de las poblaciones, y el tirano, por medio de hilos eléctricos que comunicaban con su palacio, tenía al alcance de la mano la parcial ó general ruina. Merced al terror y al monopolio de la electricidad, era dueño del orbe: las nobles conquistas y portentosos triunfos de las ciencias físicas sobre la materia habíanse convertido en serviles instrumentos de opresión y esclavitud.

Tan inmenso poder, que nunca tuvo mortal alguno, no saciaba, sin embargo, la hidrópica sed de ambición de aquel soberano, sin rivales, ni émulos, ni vasallos rebeldes, ante quien muda se postraba la humanidad entera.

Quería algo más; y fatigado de este pensamiento, abatida la frente, cruzados los brazos, torvo el ceño y despidiendo llamaradas por los ojos, paseábase á grandes trancos por el salón del trono de su palacio de Teitanópolis.

Era la regia estancia de colosales proporciones é incomparable magnificencia: de malaquita el pavimento, de jaspe las paredes y de oro purísimo las columnas. En los adornos de las basas, capiteles, entrepaños, cornisamento y zócalo campeaban, formando artístico conjunto, la esmeralda, el rubí, el diamante y otras piedras preciosas. En las amplias bóvedas, cuyo atrevimiento acusaba la presencia del ligero y resistente aluminio, apuró el arte pictórico los más peregrinos encantos de la ficción.

Veíanse á un lado los juegos olímpicos: caballos á escape, tendido el cuello, eriza-

das las largas y copiosas crines, abierta la roja nariz, rebelde la boca al freno, arrastraban en medio de nubes de polvo, ligeros carros, sobre los cuales apuestos mancebos, con la fusta al aire, sueltas las riendas, los ojos desencajados, inclinada la cintura y el ardimiento en el corazón, proclamábanse victoriosos del espacio.

En otra parte se presentaba un circo romano: sobre la arena, bañada por la luz meridiana, aparecían grupos de cristianos arrojados á las fieras; un atleta medio desnudo, descubriendo la exuberante musculatura de sus brazos, la rigidez de sus piernas que oprimían la tierra, y la corpulencia del velludo pecho, desafiaba, con noble y varonil ademán, á un arrogante león que parecía subyugado por la mirada fascinadora de su víctima; una tierna doncella, elevadas al cielo las brillantes pupilas, aguardaba de hinojos, en místico arrobamiento, la palma del martirio; una matrona que, cubierta de mortales heridas, caía desplomada y convulsa, apretaba al pecho al hijo pequeñuelo, como si intentara, con las últimas gotas de su sangre, prolongarle la vida; un sa-

cerdote de venerables canas y surcado rostro, luchando con la agonía, haciendo supremo esfuerzo, alzaba el tembloroso brazo para bendecir á sus verdugos; y la enorme y apiñada muchedumbre, puesta de pie en las inmensas gradas, ebria de crueldad, aplaudía frenética y devoraba con los ojos aquel terrible y cruento espectáculo de animales feroces despedazando, desgarrando y triturando cuerpos humanos.

Como si el artista, después de presentar la apoteosis de la fuerza animal, se hubiese propuesto hacer la de las fuerzas naturales avasalladas por la ciencia y la industria, admirábanse en otro lugar cuadros gigantescos representando aerostatos que, movidos por poderosas y ligeras máquinas, surcaban el espacio; obras hidráulicas ciclópeas destinadas á utilizar como motor el movimiento de las olas del Océano; torres Eiffel de aluminio de mil metros de altura con basamento aislador, cuyo objeto principal era recoger, aprisionar y acumular la electricidad atmosférica; y colosales espejos ustorios, tan grandes como montañas, los cuales seguían el curso aparente del Sol, y refle-

jando sus rayos, caldeaban el ambiente durante los rigores del invierno para convertir á éste en apacible primavera.

Pero lo más admirable de aquellas artísticas ficciones era que, merced al ingenioso mecanismo del cinematógrafo, las figuras todas se presentaban á la vista con su natural movimiento: hasta las hojas de los árboles parecían agitadas por el aire.

***

Teitán el Soberbio, con visibles señales de impaciencia, proseguía á grandes zancadas, su paseo por aquel grandioso y magnífico recinto. De pronto, no pudiendo refrenar la cólera, sacudió un látigo eléctrico que tenía en la mano, y brillando al extremo del mismo una centella, se oyó un ruido sordo y prolongado, como de trueno, que retumbó en las espaciosas y dilatadas naves del palacio.

A breve rato abrióse una ventana sobre la cornisa del salón y asomó un anciano, caballero en una aereo-bicicleta, quien bajó pausadamente describiendo una espiral, y apeándose de la máquina, que quedó suspendida en el aire á un palmo

del suelo, fué á arrojarse á los pies del Soberano.

— Señor,— dijo con voz sumisa y apagada, — ¿qué manda Vuestra Cósmica Majestad?

— Niketes, — contestó Teitán, sentándose en el trono y dirigiendo una mirada altanera al recién llegado, — te llamé porque no quiero que abuses más tiempo de mi paciencia. Todo cuanto existe en el orbe y en sus recónditas entrañas es mío: la tierra, los mares, y los seres que los pueblan: hasta los fluidos que la inteligencia humana arrancó á los misterios de la Naturaleza y convirtió en dóciles instrumentos de su voluntad, dependen sólo de la mía. Mi poder es tan grande, que cuanto existe sobre el mundo que habitamos existe por mi beneplácito. Tengo en mi mano la destrucción del género humano... ¿qué digo? hasta de nuestro planeta, pues bastaría un acto de mi voluntad para que reventase como una granada y, convertido en millares de asteroides, perturbara el ordenado movimiento de los astros. Todos los hombres se postran á mis plantas y me rinden culto; pero ¿de qué

me sirve su servil sumisión, averiguar sus acciones y conocer sus palabras, incluso las pronunciadas en el seno del hogar y en sueños, porque las paredes son confidentes míos, si carezco del medio de escudriñar sus pensamientos? ¿De qué me sirve el dominio de las manifestaciones externas si mi acción fiscal no alcanza á la mente? Soy el rey de la materia y quiero serlo también del espíritu. No me basta saber lo que los hombres hacen y dicen: quiero inquirir lo que piensan. «Debajo de mi manto al rey mato,» dice un antiguo refrán, y quiero averiguar si tengo vasallos capaces del regicidio en su fuero interno. El castigo ha de alcanzar hasta á la intención cobarde é impotente que se esconde en lo más recóndito del cerebro. ¿Has encontrado por fin el procedimiento de dar completa satisfacción á mi voluntad, ante la cual se estrella lo imposible?

—Señor,—respondió Niketes,—no descanso noche y día: he logrado descubrir el aparato; pero es tan imperfecto aún, que me atrevo á pedir á Vuestra Cósmica Majestad se digne concederme breve plazo para completar mi obra.

—¡Jamás! ¡jamás! —exclamó Teitán montando en cólera.—Si dentro de treinta horas no terminas la máquina á entera satisfacción mía, con este látigo eléctrico, símbolo de mi realeza, te daré la muerte! Vé y trabaja sin levantar mano, que mañana por la noche quiero hacer por mí mismo la prueba de tu nuevo invento.

***

Al siguiente día, cerrada ya la noche (y digo noche porque el Sol había traspuesto el horizonte, sustituyéndole enormes focos eléctricos que iluminaban el espacio con la claridad de aquél), recibió Teitán en privada é íntima audiencia á Niketes, su ingeniero de Cámara.

—Señor,—dijo éste, entregando al Rey una especie de casco de aluminio, —en cumplimiento de las celestiales órdenes de Vuestra Cósmica Majestad, tengo la honra de poner en sus divinas manos el fruto de mis desvelos y vigilias, al cual he dado feliz cima y remate, bautizándole con el nombre de *epistemégrafo*.

—¡Que me place! —exclamó el tirano. —Nombre sonoro y significativo, refrac-

tario á la comprensión del vulgo, y tormento de la lengua de la plebe! Prosigue.

—Después de profundos y detenidos estudios descubrí que, así como las vibraciones del aire dejan huella permanente en el papel de estaño del fonógrafo, cuyas rayas reproducen los sonidos, los fenómenos mentales dan lugar en las células del cerebro á vibraciones nerviosas, que quedan grabadas en la parte externa del cráneo. Merced al aparato de mi invención, estas manifestaciones cerebrales externas se transforman en sonidos, y por ellos se puede descubrir, á voluntad del operador, no sólo lo que piensa una persona, sino también lo que pensó en época determinada.

—Voy á hacer la prueba por mí mismo, —dijo Teitán.

Y se puso el casco de aluminio.

—¿Qué pensamientos desea Vuestra Cósmica Majestad que reproduzca al aparato? —preguntó el sabio.

—Los primeros en cuanto tuve uso de razón, —contestó el Monarca.

Niketes oprimió un botoncito que tenía el casco en la parte correspondiente á la

cimera, y de una trompetilla, parecida á la de los fonógrafos, con que aquél remataba, salió una voz chillona y vibrante diciendo:

«¿Por qué no matan á mi padre? Yo sería rey.»

Y Teitán, quitándose el casco, quedó largo tiempo pensativo.

De pronto, arrojando el casco al suelo y dándole un latigazo eléctrico que lo hizo trizas, exclamó:

—¡Prefiero ignorar siempre los pensamientos ocultos de mi hijo!

Y volviéndose á Niketes, añadió:

—En premio de tus servicios, vengo en nombrarte *Sabio de Casa y Boca.*

El Premio Grande

El Premio Grande

Toda era júbilo la calle del Ave María. Diego, el barbero, sangrador, maestro de guitarra y cantador á lo flamenco, y el mozo de más gracia y de más sal del barrio de Lavapiés y calles adyacentes había

sido agraciado en el sorteo de aquel día con el premio grande.

¡Ochenta mil pesetas! ¡Qué felicidad! No más apuros diarios, ni apremios mensuales del casero, ni exigencias incesan-

tes de prestamistas usureros, ni prendas empeñadas en el Monte de Piedad, y sobre todo, no más desazones con el sastre de la casa de enfrente, el padre de la hermosa Isabel.

Anochecía, y mientras una murga colocada junto á la tienda del barbero atronaba el aire, y aquéi recibía los plácemes de amigos y parroquianos, el sastre, de

pie, detrás del mostrador, seguía corta que corta paño, é Isabel, sentada delante de una máquina de coser, dale que dale al pedal sin levantar los ojos de la labor.

—Parece que el vecino está de enhorabuena, —dijo el sastre después de largo silencio. —Ya sabrás que le ha tocado la lotería.

—Sí, papá, —murmuró la muchacha.

—¡Ochenta mil pesetas! No le han de durar un año. En buenas manos están... es un jugador... un perdido... un loco rematado... ¿No piensas lo mismo? ¿No me contestas?

—¡Ah! Sí, papá.

—Si no supo ahorrar cuando disponía sólo del costoso fruto de su trabajo y todo se le iba en juegos y en francachelas, ¿qué no hará ahora al verse de improviso dueño de tanto dinero? La suerte será su perdición: siquiera ahora tiene el hábito del trabajo y como renunciará seguramente á él, en cuanto se le acabe el último maravedí, que será pronto, se encontrará sin parroquianos y sin maldito el deseo de ganarse la vida honradamente. ¿No crees también que va á dejar la barbería?

—¿Yo qué sé, papá?...

—Pues yo te lo digo, vas á vèr como mañana mismo cierra la tienda si no puede traspasarla. ¡Bueno es él para seguir afeitando con ochenta mil pesetas en el bolsillo!

En aquel momento se abrió la puerta de cristales de la sastrería y apareció un hombre.

Isabel levantó los ojos, y suspendiendo sin darse cuenta de ello, el movimiento de la máquina de coser, se puso colorada como la grana, mientras que el sastre, con las tijeras en la mano derecha, apoyada en el mostrador la izquierda, inclinado el cuerpo y la vista fija en la puerta, parecía representar un cuadro vivo: tal fué el asombro que produjo en ambos la inesperada visita de Diego.

—¡Buenas noches! —dijo éste tímidamente, y luego, haciendo un esfuerzo, añadió: —Señor Isidro, deseo hablar con usted.

—¿Conmigo? —preguntó el sastre.

—Sí, señor, con usted y á solas.

—Creí que todo había acabado entre nosotros.

—Quisiera que tuviera usted la bondad de oirme una palabra.

—Sea,—dijo el sastre después de breve pausa.

Y abriendo la puerta de la trastienda invitó á Diego á entrar en ella.

Isabel proseguía su labor; pero el movimiento del pedal ya no era tranquilo y acompasado como antes.

El barbero y el sastre aparecieron poco después en la tienda: aquél cabizbajo como abrumado por la pena; éste con los ojos desencajados, encendido el rostro y en actitud colérica.

—Buenas noches, — murmuró Diego, dirigiéndose á la puerta vidriera de la calle y mirando de soslayo á Isabel, que no se atrevía á levantar los ojos de la costura.

—Vaya usted con Dios,—refunfuñó el sastre.

—Buenas noches,—repitió en voz baja la muchacha.

Cerróse la puerta de la calle y padre é hija quedaron solos y pensativos, y al cabo de largo silencio aquél lo interrumpió diciendo:

—¡Qué osadía! ¿Sabes lo que ha hecho?

—¿Quién, papá?

—Ese.

—¿Qué, papá?

—¡Pedirme tu mano! ¡Cabe mayor atrevimiento! ¡Como si un manirroto, un calavera, un vicioso engreído por la suerte pudiera hacer tu felicidad!

Y una lágrima humedeció la labor de Isabel.

***

Un patio de una casa de vecindad en la calle del Ave María. Diálogo entre varias mujeres:

—Diga usted, señá Antonia. ¿Es verdad que la hija del sastre se casa con un hortera de la calle de Postas?

—Esto desearía el padre, pero ella erre que erre que quiere entrar en un convento.

—¿Monja la muchacha más guapa del barrio?

—¡Qué lástima!

—Y dejando á su padre solo en el mundo.

—Pero sospecho que la niña tiene más vocación de barbera que de monja.

—¿De barbera?

—Pues qué, ¿no saben ustedes lo que pasó hace dos años?

—Cuente usted.

—Dicen que Diego miraba con buenos ojos á la niña, y aún se añade que eran novios á hurtadillas del padre, y que el barbero fué á ver á éste y le pidió á Isabel.

—¿Y no quiso?

—¡Qué había de querer! ¡Bueno es el ruín del sastre para consentir el matrimonio de su hija con un tronera semejante!

—Entonces era rico: le había tocado el gordo.

—Es verdad; pero el sastre conocía el paño y no le faltaba razón, como se ha visto después. Las ochenta mil pesetas del premio grande volaron en menos de dos años en los frontones, garitos y administraciones de la timba del Gobierno. Al pobre Diego ni siquiera le queda la barbería: no tiene más recurso que afeitar á domicilio.

—Pst... silencio que se dirige hacia aquí. Vendrá á pelar al prestamista del principal.

—Ese debe ser duro de pelar.

—¡Cá! si se pela de fino.

Y Diego atravesó el patio con la bacía debajo del brazo, el paso lento, la frente

caída, los ojos extraviados y el eterno recuerdo de Isabel en el alma.

***

Al caer de la tarde reinaba profundo silencio en la sastrería. Isabel hallábase

en su cuarto y los oficiales se habían retirado. El sastre, sentado en un rincón con un codo en el mostrador y la mano en la frente, al verse sin testigos dió rienda suelta á su pena, llorando amargamente.

Su hija idolatrada, su hija única, le dejaba sumido en espantosa soledad. Debía partir al día siguiente para no volver.

—Enterrada en vida en un claustro,—decía para sí el pobre anciano,—y yo solo, completamente solo en el mundo. Todo me sobra si me falta ella. ¿Quién cerrará mis ojos cuando hartos de llorar se queden secos y enjutos para siempre? Pero, antes muerta que casada con Diego.

En aquel momento abrió éste la puerta de cristales de la calle y entró en la tienda. El sastre hizo un movimiento de enojo; pero pudiendo más el dolor que la cólera rogó al barbero que se sentase.

—No te quiero mal, —le dijo, —y voy á hablarte con completa sinceridad. A fines de 1844 se establecieron en esta calle en nuestros respectivos oficios, tu abuelo y mi padre, á quienes unía estrecha amistad, á pesar de sus encontrados y opuestos caracteres. Era aquél alegre, decidor y fastuoso y el encanto de las mozas del barrio; parecía que todas se lo disputaban, y fácilmente, porque el amor entra muchas veces por los ojos de la vanidad, supo rendir la entereza de la hija de un carnicero rico, á despecho de la tenaz resistencia de éste, que al fin y al cabo hubo de dar su consentimiento al matrimonio. Pocos años después tu abuelo había dado al traste con la dote y la herencia de su mujer. Lo propio hizo tu padre con aquella santa que te dió la existencia, á quien los sinsabores y la miseria acortaron los días.

En cambio mi padre, hombre circuns-

pecto, sencillo y ordenado, sin más patrimonio que su trabajo, depositaba cada año las modestas economías de su laboriosidad incansable en la Caja de Ahorros; primero en nombre propio y después en el de mi madre, en el mío y en el de mis hermanos á quienes he heredado. Yo he seguido el ejemplo respecto de mi hija.

Desde 1845 á 1894, ambos inclusive impusimos anualmente mi padre y yo mil pesetas, las cuales dan un producto total por capital é intereses compuestos, de 141,881 pesetas y 24 céntimos (1). Este es el dote que tenía reservado á mi Isabel, dote que yo consideraba á cubierto de guerras, revoluciones y bancarrotas de bancos y aun del mismo Estado; pero no de las dilapidaciones de un marido pródigo. Aunque la ley defiende y ampara el patrimonio de las mujeres casadas, pocas son las que logran resistir, ya por debilidad, ya por cariño, ya por temor al

(1) Se ha tenido en cuenta que desde 1845 hasta 1881, ambos inclusive, la Caja de Ahorros de Madrid pagó el interés de 4 por ciento, y después de 1882 á 1894 sólo el 3.

escándalo, á las imposiciones, exigencias ó solicitudes del compañero de su vida.

Ahora comprenderás la verdadera causa de mi tenaz oposición á tus amoríos. Has heredado de tus mayores la pasión

violenta del juego, y no quiero que, como aconteció con tu pobre madre, mi hija no tenga un día un pedazo de pan que llevar á la boca y muera de dolor y de vergüenza, y sea preciso apelar á la amistad compasiva para enterrarla. ¡Antes monja que en poder de quien ha de sumirla en la miseria y ser causa de su eterna desventura!

Diego seguía guardando silencio. El sastre cesó de hablar y con las manos cruzadas y el cuerpo encorvado permanecía pensativo. De pronto se puso el barbero de pie y exclamó:

—Tiene usted razón, señor Isidro. ¡Las palabras de usted me llegan al alma, pero yo puedo corregirme!

—¡Corregirte! Tu abuelo y tu padre hacían á diario propósitos de enmienda, pero era más poderosa que ellos su ciega afición al juego. Calculo que en el espacio de cincuenta años se han gastado en tu casa ciento cincuenta mil pesetas sólo en billetes de la lotería. Gracias á un premio mayor llegaste un momento á recuperar dos terceras partes. No tenías derecho á más por una ley matemática. Ese banquero inmoral que se llama Estado debía disfrutar del resto. En cambio esas 150,000 pesetas impuestas á razón de tres mil cada año en las Cajas de ahorro, hubieran representado ahora 425,644 y todavía sería mayor esta cifra de haber entregado las cantidades, coincidiendo con las fechas de cada sorteo, en lugar de hacerlo á fin de cada anualidad. Serías

rico, poseedor del enorme capital de 425,644 pesetas y tendrías tal vez lo que vale más que el dinero: la costumbre de poseerlo, el hábito de ahorrarlo.

—Ya he comenzado á adquirirlo. Desde hace un año, desde mi completa ruina, impongo todas las semanas en la Caja de Ahorros el producto de todas mis economías: ¡diez pesetas! Aquí tiene usted mi libreta.

—Basta. Ahora te creo.

En aquel momento apareció Isabel anegada en llanto; pero en llanto de júbilo.

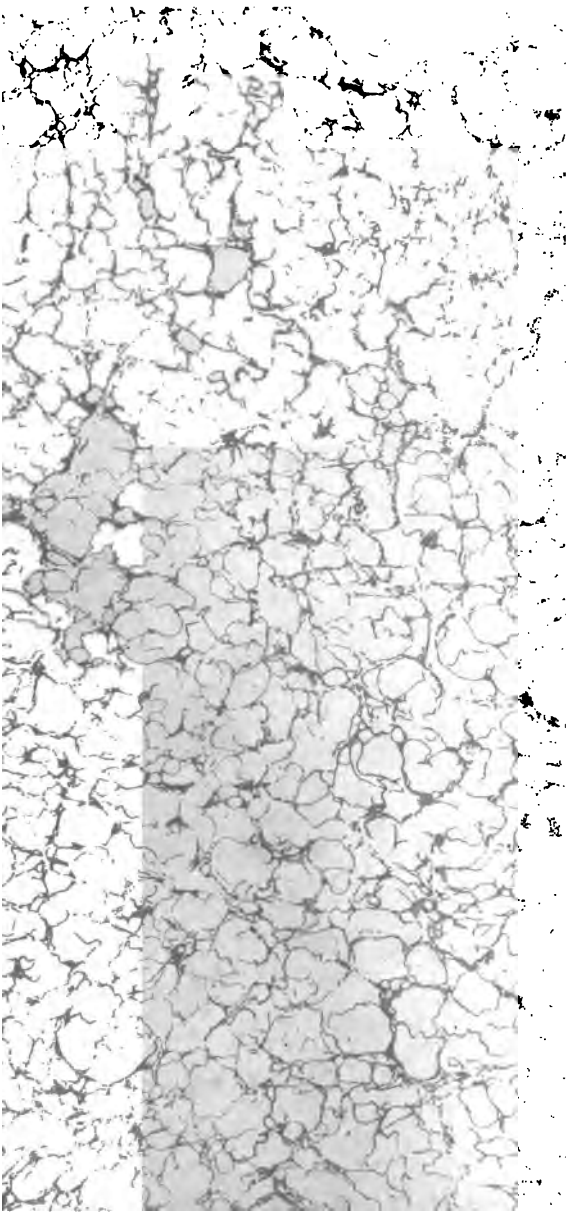
Y el pobre viejo exclamó con la libreta de la Caja de Ahorros en la mano:

—¡Este, hijos míos, es el verdadero premio grande!

Índice

La guerra de España con los Estados Unidos. 7
Recuerdos de otra vida. 85
El futuro Ayuntamiento de Madrid. . 111
Teitán el Soberbio. 157
El premio grande. 173

ESTE LIBRO SE
ACABÓ DE IMPRIMIR EN BARCELONA
EN EL ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRÁFICO
DE ESPASA Y COMPAÑÍA,
EL 30 DE ENERO
DE 1897



Stanford University Libraries
3 6105 001 697 908